

EL CONDE LUCANOR



COLECCION ARALUCE

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas de utilidad pública y de uso para las Bibliotecas Circulantes. Premiadas con altas recompensas en las Exposiciones de Leipzig, Sevilla y Barcelona.

EL CONDE LUCANOR

CON LA DEBIDA LICENCIA

EL CONDE LUCANOR

CUENTOS EJEMPLARES

DE

EL INFANTE DON JUAN MANUEL

ADAPTACIÓN PARA LA JUVENTUD

POR

FRANCISCO ESTEVE

CON ILUSTRACIONES DE

A. SALÓ

PRIMERA EDICIÓN



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 :: BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Lb 1,62

111X142

EL
CONDE LINCANOR

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



Impreso en España.

Printed in Spain.

Talleres Gráficos A. NUÑEZ: S. Ramón, 6 — Barcelona — 1935

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

	Págs.
<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción.</i>	13
<i>I. El Rey y su privado.</i>	19
<i>II. El labrador y su hijo</i>	23
<i>III. El salto del Rey Ricardo</i>	25
<i>IV. El cuervo y el zorro.</i>	28
<i>V. El cuento de doña Truhana</i>	30
<i>VI. Los dos caballos y el león</i>	32
<i>VII. Historia del hombre que sólo comía altramuces.</i>	33
<i>VIII. Historia del Deán de Santiago y de Don Illán de Toledo</i>	35
<i>IX. El gallo y el raposo.</i>	40
<i>X. Las perdices.</i>	42
<i>XI. Santo Domingo y el avaro</i>	43
<i>XII. El cerco de Sevilla</i>	44
<i>XIII. De lo que ocurrió al Conde Fernán González con Nuño Lainez</i>	48
<i>XIV. La Providencia de Dios</i>	49
<i>XV. Los cuervos y los buhos</i>	51
<i>XVI. El Rey y el falso alquimista.</i>	53
<i>XVII. El Rey y el filósofo</i>	57
<i>XVIII. El toro y el león</i>	61

XIX.	<i>El Rey que quiso probar a sus hijos.</i>	64
XX.	<i>El Conde de Provenza y el Soldán.</i>	67
XXI.	<i>El árbol de la mentira</i>	72
XXII.	<i>Historia del Emperador Fadrique .</i>	73
XXIII.	<i>Historia de Don Alvarfañez . .</i>	76
XXIV.	<i>Historia de Clérigo renegado . .</i>	82
XXV.	<i>Historia del zorro que se fingió muerto.</i>	85
XXVI.	<i>Abenabet y Romayquia</i>	86
XXVII.	<i>Los clérigos y los frailes . . .</i>	88
XXVIII.	<i>El Rey y los tejedores embusteros .</i>	89
XXIX.	<i>Historia del hombre que domó a su mujer</i>	92
XXX.	<i>La batalla de Hacinas</i>	97
XXXI.	<i>El hombre ahogado el río . . .</i>	98
XXXII.	<i>El alma del senescal.</i>	99
XXXIII.	<i>El hecho del Rey Alhaquem. . .</i>	101
XXXIV.	<i>El vasallo del diablo</i>	103
XXXV.	<i>La mora medrosa</i>	107
XXXVI.	<i>La prueba de los amigos</i>	108
XXXVII.	<i>Por un año de reinado</i>	112
XXXVIII.	<i>Historia del Rey soberbio . . .</i>	113
XXXIX.	<i>La golondrina y las otras aves .</i>	120
XL.	<i>El halcón, el águila y la garza .</i>	121
XLI.	<i>Los dos ciegos</i>	122
XLII.	<i>El hombre, la golondrina y el gorrión</i>	123
XLIII.	<i>El cuerdo y el loco</i>	124
XLIV.	<i>Las hormigas</i>	125

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El hijo del Rey camina por la ciudad.

Frontispicio

Págs.

Luego espoleó al caballo y saltó al mar... .	27
El Papa, entonces, se indignó y le amenazó con encerrarle...	39
Mucho tiempo duró a Don Pero la herida de la pierna...	50
—Señor — le dijo el truhán — os he enseñado todo cuánto sabía...	54
El Infante montó a caballo y con él su séquito,...	65
... vió a los maestros que estaban tejiendo y que describían el paño...	90
Al fin el agua le derribó y ahogóse...	99
Ve en buen hora y no digas tales locuras,... .	115

PRÓLOGO

Jóvenes lectores :

El autor de los ejemplos que vais a leer, fué el Infante D. Juan Manuel, que vivió hacia los años 1284 a 1348. Fué nieto del Rey San Fernando de Castilla, primo de Sancho IV, hijo éste de Alfonso el Sabio. Guerrero inquieto, gran escritor, se preocupó siempre en dar buenos consejos, y ocupar las horas libres de los cuidados de la guerra, en el cultivo de las letras. Entre otras obras publicó ésta que ponemos en vuestras manos, pudiendo estar orgullosos de tener un libro único en su género que debéis amar y meditar cuando los años os lleven a la edad de la reflexión. Algunas de estas lindísimas historias recogidas por el Infante D. Juan, tienen origen remotísimo, pues se encuentran en unas co-

lecciones de cuentos indios que se conocen con estos nombres EL PANTCHATANTRA, y el HITOPADESA. En muchos de éstos se han inspirado los más grandes escritores europeos, de manera que el Infante D. Juan Manuel, no cometió pecado mayor que Calderón de la Barca, Shakespeare, Cervantes, Andersen, Iriarte, La Fontaine, para no hablar sino de los más sobresalientes. Así vais a tropezar, queridos amiguitos míos, con gente conocida vuestra, pero no con tan bellas y amenas historias, narradas por un español, ni tan valiosas y encantadoras leyendas teniendo en cuenta que fueron escritas, pudiera decirse en los albores de la espléndida floración de nuestro siglo de oro, que apareció brillante, tres siglos más tarde.

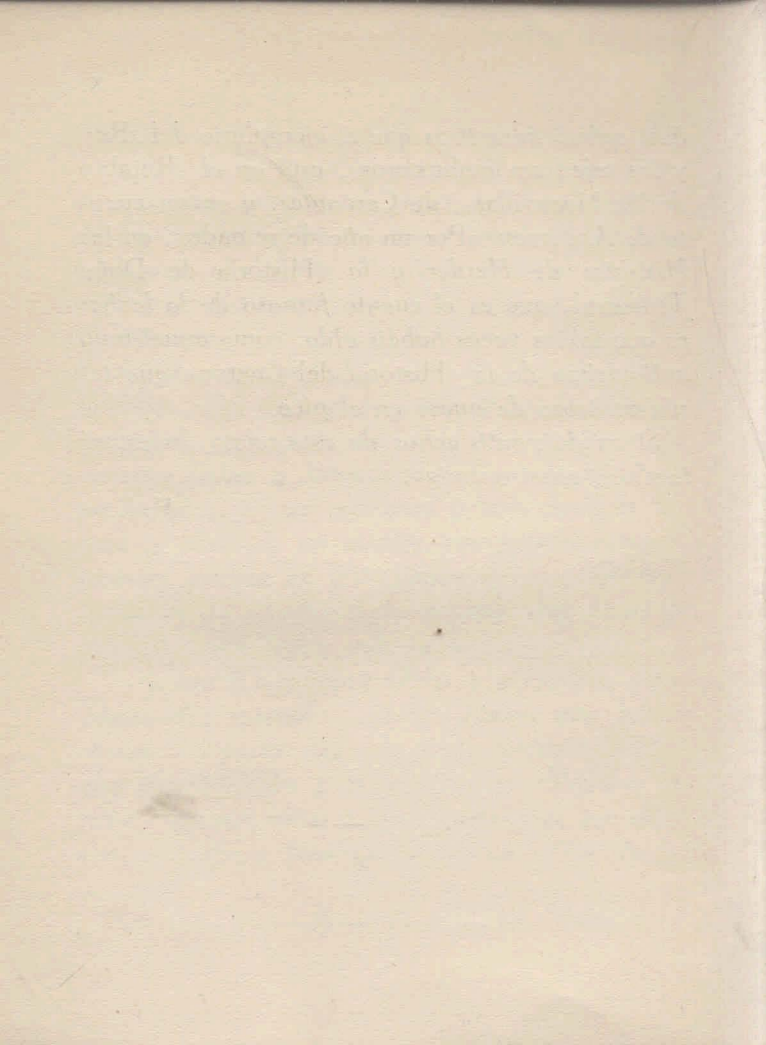
Para haceros comprensibles y accesibles estos admirables ejemplos, hemos hecho una adaptación del texto original; para mejor inteligencia, coordinación y pulimento, añadimos las notas que van señaladas con asterisco, que aclaran el texto y facilitan la comprensión de las fábulas.

Antes de despedirme de vosotros, queridos ni-

ños, quiero advertiros que el ejemplario del «Rey y los tejedores embusteros», está en el «Retablo de las Maravillas», de Cervantes, y en un cuento de Andersen. «Por un año de reinado», en las *Historias de Herder* y la «Historia de Doña Truhana», que es el cuento famoso de la lechera que tantas veces habéis oído, como aquel muy antiquísimo de la «Historia del Cuervo» que tenía un trozo de queso en el pico.

Si quedáis satisfechos de este relato, lo estará también vuestro amigo.

F. E.



INTRODUCCION

Hubo en remotos tiempos en Castilla, un grande y noble señor que se llamaba Conde de Lucanor.

Había este noble patricio heredado de sus mayores, dilatados Estados y florecientes provincias, siendo aún muy joven.

Esta circunstancia, tenía al buen Conde preocupado y caviloso, pues, era su deseo el gobernar, en forma tal, que sus súbditos hallaran en sus dominios, la felicidad, el bienestar y la justicia, pero bien se le alcanzaba, que sus pocos años, mal podían darle la experiencia que para gobernar sus vastos estados se requería, aunque el Conde contara con el auxilio de su Consejo, formado de graves y sesudos hombres, que podían, con sus luces y sabiduría, ilustrarle en tan graves menesteres.

Era el noble caballero muy ilustrado, y a fuer de tal, sabía que en una nación no puede reinar

la paz, el orden y la concordia si aquellos, que por su posición y nacimiento la dirigen, no son espejo de virtudes y ejemplo de bondades.

Así hubiera querido el Conde, que la Corte que le rodeaba, estuviese compuesta de hombres sabios, rectos, generosos, modestos; en una palabra: ejemplares.

Pero ocurría, queridos niños míos, que si bien algunos de los cortesanos y palaciegos, eran, efectivamente, modelo de virtudes, también abundaban los envidiosos, holgazanes, soberbios, iracundos y vanidosos.

Convencido de la necesidad de eliminar estos defectos de sus caballeros, quiso hacer cuanto en su mano estuviera para corregir tales males.

A tal efecto, reunió el Consejo de los sabios varones para comunicarles sus propósitos y pedirles parecer, al objeto de lograr lo que se proponía.

Reunidos, pues, en la amplia sala del trono, y sentados en imponentes sitials, iban exponiendo sus opiniones los esclarecidos varones.

Empezó, pues, uno de ellos, con voz campanuda y altisonante, diciendo: Señor, a mi parecer, nada hay que corrija a los hombres como la vergüenza y el ridículo; hágase, pues, un pregón en la plaza pública, de los nombres de los caballeros, y de sus defectos, exponiéndolos a la

vindicta pública, y que ello sirva de lección y de escarmiento a ellos y a los que tengan sus mismos defectos.

Otro, propuso privarles de algunos de sus fueros y privilegios, imaginando que el castigo en sus haciendas sería lo que más podría contribuir a su enmienda, y así, sucesivamente, fueron proponiendo los remedios, a su parecer, más eficaces, para el fin que el Conde se proponía.

Quedaban únicamente dos, que hasta aquel momento nada habían dicho. Uno de ellos, era el Consejero de guerra, y el otro, Patronio, el favorito del buen Conde. Habló primero el Consejero de guerra, vejete malhumorado, regañón y cascarrabias, que, como no tenía otro oficio que cuidar de los negocios de la guerra, todo lo quería arreglar a puros mandobles y cintarazos; tras de no pocos carraspeos, toses y visajes, dijo:

—El único medio de enmienda, que yo veo, es que mande vuestra Alteza encerrar en oscuras mazmorras, a los caballeros cuyos defectos sean leves, y mande ahorcar a los que los tengan graves, pues, yo no creo más que en el castigo corporal, o sea, que la letra con sangre entra.

Sonriente escuchó el Conde la avinagrada perorata del bilioso consejero, aunque sin responder palabra alguna.

Dirigiéndose, pues, al último de los consejeros, que quedaba sin exponer su parecer, le dijo :

—¿Y tú, mi buen Patronio, nada puedes aconsejarme?

—Señor, respondió éste, mal podrá mi menguada inteligencia dar su luz e iluminar a vuestra Alteza, después de haber oído las sapientísimas opiniones de mis ilustres compañeros, pero, si Vuestra Alteza me lo ordena, yo también expondré mi modestísimo parecer.

—Pues, que lo deseo te lo exijo, y quiera Dios iluminarte, para que demos con la solución que todos deseamos para su mayor honra y gloria.

—A mi humilde juicio, dijo Patronio, ni el oprobio que forzosamente ha de ofender a los nobles caballeros, ni la vergüenza que les ha de humillar, ni el castigo corporal, que hará nacer en ellos el deseo de la venganza, pueden ser eficaces sino es para crear odios, y, quién sabe si guerras que dividan vuestros Estados y acarreen los males que, precisamente, trata Vuestra Alteza de evitar.

—Paréceme a mí, que así como el espejo, al mostrarnos el rostro, nos hace conocer nuestros rasgos, y hace nacer el deseo de hermosearlo, asimismo para el alma, puede buscarse un espejo que muestre sus defectos y que haga nacer el deseo de corregirlos.

—No esperaba menos, Patronio, de tu discreción y claro talento, respondió el Conde Lucanor. Pero, ¿cuál es el espejo que ha de obrar semejante maravilla?

—Señor, este espejo es el ejemplo, y para ello, propongo reunir en cada jornada, un cierto número de caballeros a los cuales se les narrará una leyenda, que sirva de reflexión y de consejo, sin ofenderles ni castigarles para crear en su alma el odio y el rencor, sino mostrándoles el ejemplo, como en un espejo sus defectos para que conociéndolos los corrijan.

—Bien me parece tu consejo, querido Patronio, y así se hará el oportuno pregón para que cada jornada acudan a Palacio, aquellos caballeros cuyos defectos deseo corregir, y tú serás su narrador y el sostenedor del claro espejo de los ejemplos.

Altamente complacido, el discreto Patronio, comenzó, pues, al día siguiente, la primera de las jornadas convocando a los señores del Consejo, y dió comienzo a su labor que desarrolló en cincuenta cuentos que, seleccionados, se recogen en este libro.

The first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the

the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the

the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the

the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the
 the first of these is the fact that the

I. EL REY Y SU PRIVADO

Hubo una vez un Rey que tenía un privado en quien confiaba mucho, y como suele ocurrir que quien más alto sube es el más envidiado, otros privados del Rey tenían gran envidia hacia quien mejor había sabido captarse la confianza real. Comenzaron a pensar en indisponerle con el monarca, pero por muchas razones que le dijeron no pudieron conseguir que sufriese mal alguno el favorito.

Cuando vieron que de otra manera no lograrían hacerle caer de su privanza, hicieron creer al Rey que su privado quería que muriese para que el Príncipe quedara en su poder, y cuando fuere dueño de la tierra hacer porque el niño muriera para quedar dueño y señor de todo.

Al fin el Rey cayó en sospecha, pero quiso persuadirse de la verdad antes de intentar nada contra su privado. Los envidiosos le su-

girieron un medio para demostrar que era verdad cuanto ellos decían, y el Rey se propuso ponerlo en práctica.

Días después, hablando el Rey con su privado comenzó a darle a entender que la vida le parecía llena de vanidades, pero no le dijo más, insistiendo sobre este punto en días sucesivos hasta que el privado entendió que el Rey despreciaba las honras, las riquezas y los placeres. Por fin, después de haberle preparado así, acabó por decirle :

—Tengo intención de dejar el mundo y sus placeres y retirarme a un lugar donde no sea conocido de nadie, para hacer penitencia de mis pecados. Así tal vez Dios me los perdone, y teniendo su gracia podré alcanzar el Paraíso.

A estas razones le contestó el privado :

—No haríais buen servicio a Dios, Señor, según mi opinión, retirándoos a un lugar extraño y apartado, pues dejaríais abandonadas tantas gentes como hay en vuestro reino que hoy están en paz y viven dentro de la justicia gracias a vuestra presencia. Pero aun cuando os olvidaseis de vuestros súbditos recordad que

dejáis también a la Reina vuestra esposa y a un hijo pequeño en medio de las luchas que pueden surgir a causa de vuestra ausencia.

A esto respondió el Rey que antes de marcharse dejaría a alguien al cuidado de sus tierras, para que su mujer y su hijo fuesen servidos y guardado su reino. Y continuó:

—Os he hallado siempre muy leal y me habéis servido siempre rectamente, por lo cual confío en vos como en nadie en el mundo. Por lo tanto, dejaré a mi familia en vuestro poder y he de entregaros todas las fortalezas y lugares del reino. Si alguna vez volviese lo encontraría todo como lo dejé; y si muriese, vos cuidaríais de mi hijo hasta que estuviese en edad de gobernar.

Cuando el privado escuchó los proyectos del Rey no sospechó ardid ninguno y marchó contentísimo a su casa. En ella tenía un servidor, hombre sabio y avisado, de quien el privado del Rey tomaba siempre los consejos. Cuando le hubo contado lo ocurrido, el servidor sospechó la verdad y aconsejó al privado que aquella misma noche se rapara la cabeza y la

barba, vistiese una pobre vestidura como la de los peregrinos, tomase un bordón y se calzara unos zapatos viejos.

Antes del alba marchó a Palacio y ordenó al portero que rogara al Rey que se levantara para que así pudieran marchar antes de que la gente se diera cuenta de la partida. El portero, maravillado, entró a ver al Rey y le dijo todo cuanto el privado le mandó decir, por lo cual el Rey, extrañadísimo, mandó que de jasen entrar a su privado.

Cuando le vió entrar en traje de peregrino preguntóle por qué se había vestido de aquel modo, a lo que contestó el privado :

—Señor, puesto que queréis desterraros, no quiera Dios que yo olvide cuanto bien me habéis hecho. Si he aprovechado la honra que me concedísteis durante vuestro reinado, también quiero compartir vuestros padecimientos.

Y cuando el Rey oyó cuanto su privado le dijo le agradeció mucho lo que se disponía a hacer por él y le relató todo tal y como había imaginado.

* Así el privado, escuchando el oportuno consejo de

su servidor, pudo demostrar al Rey lo infundado de sus sospechas.

En los sucesos de nuestra vida es, pues, de varones prudentes valerse del consejo, aún de los humildes.

II. EL LABRADOR Y SU HIJO

Dos labradores, padre e hijo, un día que se celebraba mercado en una villa próxima, decidieron ir allá para comprar algunas cosas que les hacían falta llevando consigo una bestia para traer las mercancías. Al ir llevaban sin carga a la bestia, y ambos iban a pie; pero encontraron a unos hombres que venían de la ciudad a donde ellos iban, que al verlos comenzaron a hablar entre sí diciendo que no les parecía cuerdo que el labrador y su hijo fueran a pie mientras la bestia iba descargada.

El buen hombre preguntó a su hijo que qué le parecía de aquello que los hombres decían, y el hijo respondió que decían verdad; que puesto que la bestia iba descargada, no era razonable que ellos fueran a pie. Entonces mandó el labrador a su hijo que subiese sobre la bestia.

Poco más allá encontraron otros hombres que comenzaron a decir :

—Muy loco parece este labrador, que siendo viejo va a pie, mientras que el hijo, que es mozo, podría sufrir mejor el cansancio del camino.

—Hijo, ¿qué te parece de esto que los hombres dicen?—preguntó el labrador.

—Me parece razonable lo que dicen, padre—respondió el hijo.

Entonces el labrador mandó a su hijo que bajase de la bestia para subir él en ella, y así lo hicieron.

Pero poco habrían andado cuando otros hombres dijeron que hacía mal el labrador en ir montado y el hijo a pie, pues mejor podría él sufrir el cansancio, que era ya de edad y acostumbrado a los trabajos, y no el hijo, que era pequeño.

Preguntando el labrador a su hijo qué le parecía de aquello, le pareció al joven también razonable y acordaron subir los dos sobre la bestia. Yendo así encontraron a otros hombres que comenzaron a decir que aquella bestia so-

bre la que iban era tan flaca que apenas podía andar por el camino, y que por lo tanto hacían muy mal en ir los dos sobre ella.

Entonces el padre habló a su hijo de esta manera :

—Ruégote, hijo mío, que me digas qué es lo que podemos hacer ahora, pues, en realidad, no será posible hacer nada que no sea una de estas cosas que hemos hecho.

Cuida, pues, siempre de hacer lo mejor y lo que entendieres que te conviene más, y con tal de que no sea malo, no dejes de hacerlo por temor a lo que digan las gentes.

III. EL SALTO DEL REY RICARDO

Un ermitaño que había hecho mucho bien y sufría grandes trabajos por ganar el cielo, se mostró tan digno a los ojos de Dios que le fué por El prometida la gloria del Paraíso. Estando el ermitaño seguro de su salvación, pidió a Dios que le mostrara quién había de ser su compañero en el Cielo, y aun cuando Nuestro Señor le mandó a decir algunas veces con

un ángel que no hacía bien en preguntar tal cosa, tanto insistió el ermitaño en su petición que Dios tuvo a bien responderle por conducto de su ángel que él y el Rey Ricardo de Inglaterra serían compañeros en el Paraíso.

No le pareció muy bien al ermitaño, pues él conocía bien al Rey Ricardo, y sabía que era hombre muy guerrero, que había matado, robado y desterrado a muchas gentes, y siempre le había visto hacer una vida contraria a la suya.

Entonces Dios le mandó a decir con su ángel que no se quejase ni se maravillase de lo que le había dicho, pues no había merecido menos el Rey Ricardo por un salto que había dado, que el ermitaño con todas las buenas obras que había hecho durante su vida. Preguntado el ángel por el extrañado ermitaño, le contestó aquél :

—Debes saber que los reyes de Francia, de Navarra y de Inglaterra, se embarcaron, y el día que llegaron al puerto, yendo ya todos armados para saltar a tierra, vieron en la ribera tal muchedumbre de moros que dudaron si podrían



Luego, espoleó al caballo y saltó al mar.

bajar de sus navíos. Entonces el Rey de Francia mandó decir al Rey de Inglaterra que viniese a la nave donde él estaba para acordar lo que debían hacer. Pero el Rey de Inglaterra, que ya estaba montado sobre su caballo, díjole al emisario del Rey de Francia que contestase de su parte a su señor que habiendo causado a Dios muchos enojos y pesares, veía entonces la ocasión deseada de ser perdonado.

Cuando hubo dicho estas palabras se encomendó a Dios, se persignó y mandó a los suyos que le ayudasen. Luego espoleó al caballo y saltó al mar, en dirección a la ribera donde estaban los moros. Al pronto el Rey desapareció con su caballo bajo el agua, pero Dios le socorrió y le dejó llegar sano y salvo hasta la orilla.

Se dirigió hacia los moros, y cuando los ingleses vieron hacer aquella proeza a su señor saltaron todos al mar en pos del Rey. Pero los navarros y los franceses no quisieron de ninguna manera ser menos y saltaron a su vez.

Cuando los moros los vieron llegar a todos sin vacilar ante tan gran peligro, no se atrevieron a esperarlos; dejaron libre el puerto y comenza-

ron a huir hacia el interior ; pero al llegar los cristianos al puerto mataron a todos los que pudieron alcanzar haciendo mucho servicio a Dios sólo por aquel salto que dió el Rey Ricardo de Inglaterra.

Oído esto por el ermitaño, entendió que Dios le hacía mucha merced al querer que fuera compañero en el Paraíso de un hombre que había hecho tan gran servicio a Nuestro Señor .

IV. EL CUERVO Y EL ZORRO

Un cuervo halló una vez un gran pedazo de queso y subióse a un árbol para comérselo más a su gusto. Pasó un zorro bajo el árbol y cuando vió el queso que el cuervo tenía en el pico, comenzó a pensar de qué manera podría llevárselo. Por fin, comenzó a hablar de este modo :

—Señor Cuervo, hace ya mucho tiempo que oí hablar de vos, de vuestra nobleza y de vuestra apostura ; y aunque yo os busqué mucho no fué la voluntad de Dios propicia a que os

pudiera hablar hasta hoy. Y ahora que os veo, entiendo que hay mucha mayor belleza en vos de la que me habían dicho.

Mas para que veáis que no lo digo por lisonja—continuó el zorro—os diré no sólo las bellezas que veo en vos, sino los defectos por los cuales la gente dice que no sois tan apuesto. Todo el mundo dice que el color de vuestras plumas, de vuestros ojos, del pico, de los pies y de las uñas, es negro, y como parece que lo negro no es tan bello como lo de otro color y vos sois todo negro, dicen las gentes que vuestro color va en mengua de vuestra apostura, en lo cual cometen una equivocación muy grande, pues vuestras plumas de puro negras se tornasolan como las plumas del pavo real, que es el ave más hermosa del mundo; vuestros ojos son negros como los de la gacela, cuyos ojos son los más alabados, y vuestras uñas negras como las del caballo.

Además, en vuestro vuelo tenéis tan gran ligereza, que no os importa el viento contrario por fuerte que sea. En todas estas cosas no se

fijan las gentes, pero lo que ahora digo lo diré por todas partes a donde fuere.

Sin embargo, a pesar de todo cuanto os he dicho, se dice que vuestro canto es feo y desapacible ; y sin embargo tantas bellezas hay en vos que si supierais cantar yo os alabaría por todo el mundo. Y, pues, Dios me hizo tanta merced al ponerme en vuestra presencia, que si yo pudiera oír vuestro canto, para siempre me tendría por dichoso.

Abrió el pico el cuervo para cantar y cayósele el queso. Tomólo el raposo y echó a correr con él dejando al cuervo corrido y burlado.

* El hombre que os alaba demasiado, os quiere sin duda engañar.

V. EL CUENTO DE DOÑA TRUHANA

Hubo una mujer que se llamaba doña Truhana y que era más pobre que rica.

Un día en que iba al mercado con una olla de miel en la cabeza, comenzó a pensar por el camino que vendería aquella miel y con su producto compraría huevos de los cuales saldrían

gallinas. Las vendería, y con el dinero que por ellas le dieran había de comprar ovejas..., y así fué empleando las ganancias que haría con sus ventas hasta que se encontró más rica que ninguna de sus vecinas. Ya pensó cómo casaría a sus hijos y a sus hijas, y cómo iría por la calle acompañada de sus yernos y de sus nuerras, y cómo diría todo el mundo que había llegado a una gran posición, aun siendo tan pobre como había sido.

Pensando esto comenzó a reír de tal manera que cayó la olla llena de miel a tierra, rompiéndose. Luego la risa se convirtió en lamentos, pues doña Truhana perdió no sólo su olla, sino todo lo que había pensado ganar.

* Este ejemplo os demostrará, queridos niños, cuán grave imprudencia es contar con lo que aún no se posee. El hombre que se precia de prudente, no cuenta más que con lo que tiene seguro y nunca sobre sus bienes futuros, que por serlo, son problemáticos.

VI. LOS DOS CABALLOS Y EL LEÓN

Dos caballeros que vivían con el infante Don Enrique, en Túnez, eran muy amigos y se hospedaban siempre en la misma posada. Cada uno de estos caballeros tenía un caballo, pero así como los caballeros se querían bien, los caballos se detestaban y como los caballeros no eran tan ricos como para poder pagar dos posadas, tenían que pasar una vida muy enojosa a causa de sus dos caballos.

Cuando vieron que no podían soportar más aquella situación, contaron su caso a Don Enrique y pidiéronle por merced que mandase echar aquellos caballos a un león que el Rey de Túnez tenía. Don Enrique habló con el Rey de Túnez y fueron los caballos muy bien pagados a los caballeros.

Una vez que los caballos se vieron en el lugar donde estaba el león, antes de que el león saliese de su jaula comenzaron a luchar entre sí, pero estando en lo mejor de la pelea fué abierta la jaula.

Entonces comenzaron a temblar los caballos y poco a poco se fueron acercando el uno al otro. Cuando estuvieron juntos, ambos se lanzaron contra el león y dejáronlo tan mal parado a bocados y a coces que a la fuerza se tuvo que encerrar en su jaula. Los caballos quedaron sanos, pues no sufrieron daño alguno, y después fueron tan bien avenidos que comían muy a su gusto en un pesebre y estaban juntos en una cuadra muy pequeña. Esta amistad fué causada por el miedo que les había inspirado el león.

* Así debemos acercarnos poco a poco al enemigo, y si halláramos en él lealtad, haremos bien en ayudarnos de él para que otro no nos destruya.

VII. HISTORIA DEL HOMBRE QUE

SÓLO COMÍA ALTRAMUCES

Un hombre había llegado a tal pobreza que no tenía cosa alguna que poder comer, y después de haber buscado mucho no pudo encontrar más que una escudilla con altramuces.

Acordándose de lo rico que había sido y de su pobreza presente, comenzó a llorar con amargura, pero su gran hambre le obligó a comer y mientras comía, lloraba, echando las cáscaras tras él. Al volver la cabeza vió un hombre que comía las cáscaras que él desechaba, y al preguntarle que por qué hacía aquello, le contestó que había sido mucho más rico que él y que sin embargo, había llegado a tal pobreza que tenía gran placer al encontrar las cortezas que él dejaba.

Y cuando esto vió el que comía los altramuces, se consoló al ver que había otros más pobres y con este consuelo se esforzó y con la ayuda de Dios encontró la manera de salir de aquella pobreza.

* Por desventurada que pueda parecernos nuestra situación, debemos conformarnos, pues siempre habrá quien sea más desgraciado. Si se obra así, y se trabaja con energía, será fácil vencer las adversidades.

VIII. HISTORIA DEL DEÁN DE SANTIAGO Y DE DON ILLÁN DE TOLEDO

Había en Santiago de Galicia un Deán que quería conocer el arte de la nigromancia, y habiendo oído decir que Don Illán de Toledo sabía de estas artes más que nadie, emprendió el camino para aprenderlas. No bien hubo llegado a la ciudad se dirigió a la casa de Don Illán.

Lo encontró leyendo en una habitación muy retirada. Después de las primeras cortesías, Don Illán dijo a su visitante que no quería oír la razón de su visita hasta que no se hubiese sentado a su mesa y compartido con él su pan. Después el Deán contó la causa de su viaje rogando con insistencia a Don Illán que le enseñase aquellas artes que tanto interés tenía en aprender.

Don Illán entonces comenzó a decirle que temía que, siendo Deán y hombre de importancia, olvidase pronto lo que había de hacer por él y que recelaba que cuando hubiese apren-

dido lo que quería saber no le hiciera tanto bien como entonces le prometía. En esta conversación estuvieron desde que acabaron de comer hasta la hora de la cena.

Después Don Illán aseguró que aquella ciencia no se podía aprender sino en un lugar apartado, y que aquella noche había de mostrarle el sitio donde tenían que estar hasta que el Deán aprendiera lo que quería saber. Tomóle de la mano y llevóle a una cámara apartada. Llamando después a una criada le dijo que pusiera perdices para la cena, pero que no las empezara a asar hasta que él no se lo mandase.

Cuando hubo dicho esto llamó al Deán y bajaron ambos por una escalera de piedra durante tan largo rato que el río Tajo debía pasar sobre ellos a mucha altura. Al final de la escalera hallaron una habitación muy bien arreglada y llena de libros.

Como por arte de magia entraron dos hombres y dieron al Deán una carta de su tío el Arzobispo en la que le hacía saber que estaba muy enfermo y le rogaba que, si le quería ver

vivo, se pusiera en seguida en camino. Al Deán le pesaron estas nuevas, en parte por la dolencia de su tío y, en parte, por tener que dejar sus estudios. Envío respuesta al Arzobispo, y al cabo de cuatro días llegaron otros hombres a pie que traían nuevas cartas al Deán, en las que se le notificaba que el Arzobispo había muerto y que él sería elegido su sucesor. A los ocho días dos escuderos llegaron de Santiago, besáronle la mano y le mostraron cartas en que constaba su elección.

Cuando oyó esto Don Illán, dió su parabién al nuevo Arzobispo y le pidió que puesto que el deanazgo quedaba vacante se lo diese a su hijo.

—Os ruego—dijo el Arzobispo—que consintáis en que este deanazgo se lo dé a mi hermano ; sin embargo si venís conmigo a Santiago y queréis llevar a vuestro hijo, yo encontraré un cargo importante que darle.

Después que hubieron vivido en Santiago durante algún tiempo, llegaron un día al Arzobispo unos enviados del Papa con unas cartas en las que le notificaba que le había nombrado

Obispo de Tolosa. Le hacía la merced de que designase su sucesor en el Arzobispado de Santiago.

Cuando oyó esto Don Illán le rogó que diera el Arzobispado a su hijo, pero el Arzobispo le contestó :

—Permitid que se lo dé a un tío mío, hermano de mi padre. Venid conmigo a Tolosa acompañado de vuestro hijo y allí sin duda encontraré para él un cargo importante.

Cuando llegaron a Tolosa fueron muy bien recibidos de todo el mundo. Vivieron allí por espacio de dos años al cabo de los cuales llegaron enviados del Papa dándole el nombramiento de Cardenal y consintiéndole que diera el obispado de Tolosa a quien quisiese.

Don Illán fuese a él y le dijo que le diese aquella dignidad a su hijo pero el Cardenal contestó como siempre :

—Quisiera dar el Obispado a un tío mío, hermano de mi madre. Pero puesto que soy Cardenal, venid conmigo y con vuestro hijo a la Corte, pues, allí podré encontrar para él un puesto de gran importancia.



El Papa, entonces, se indignó y le amenazó con encerrarle...

Don Illán, después de mostrarse muy quejoso consintió sin embargo en lo que el Cardenal quiso y se fué con él a la Corte. Allí fueron muy bien recibidos por los Cardenales y por cuantos allí estaban. Vivieron en la Corte mucho tiempo durante el cual Don Illán pedía continuamente al Cardenal que le hiciera alguna merced a su hijo.

Murió el Papa, y todos los Cardenales le eligieron a él. Don Illán le hizo ver que ya no podía ponerle excusas para no cumplir lo que le había prometido. Comenzó a quejarse recordándole todo cuanto le había dicho que haría por él y diciéndole que todo aquello lo había ya recelado la primera vez que con él hablara.

El Papa entonces se indignó y le amenazó con encerrarle en una cárcel; le dijo que era hereje y encantador y que no tenía otro oficio en Toledo, donde vivía, que el ejercicio del arte de la nigromancia.

Cuando vió Don Illán cuán mal le pagaba el Papa cuanto por él había hecho despidióse de él; pero no por eso el Papa le dió para

comer durante el viaje. Entonces Don Illán le dijo al Papa que puesto que no tenía que comer habría de volver a comerse las perdices que había mandado asar para aquella noche. Llamó a la mujer y le dijo que asara las perdices.

Cuando hubo dicho esto Don Illán, se halló el Papa en Toledo, Deán de Santiago como lo era cuando vino, y avergonzado por su pasada conducta.

—Id con Dios—le dijo Don Illán—ya os he probado y me alegro de no haberos dado parte de las perdices.

IX. EL GALLO Y EL RAPOSO

Un gallo andaba un día lejos de su corral por un campo, sin recelo alguno; pero vió un raposo y le vigiló oculto para atraparlo. Al sentirlo el gallo se subió a un árbol y cuando el zorro vió que se había puesto en salvo se aproximó y empezó a rogarle y a halagarle aconsejándole que bajase a pasear por el

campo como antes. El gallo no lo quiso hacer, y cuando el zorro vió que no lo podía engañar por medio de halagos comenzó a amenazarle diciéndole que, puesto que no se fiaba de él, ya vería la manera de hacerle daño. Por su parte el gallo, como entendía que estaba en salvo no hacía caso de las amenazas ni de las alabanzas; pero cuando el zorro comprendió que no podía engañarle de ninguna de estas maneras empezó a roer el árbol con los dientes y a dar grandes golpes con la cola.

Entonces el pobre gallo se asustó sin razón, sin darse cuenta de que todo cuanto hacía el zorro no podía causarle mal alguno. Quiso huir a los otros árboles donde pensaba que estaría más seguro, y cuando el raposo observó que se asustaba, se fué detrás de él y lo llevó de árbol en árbol hasta que lo sacó del monte y pudo devorarlo.

* Ved en este ejemplo, cómo la astucia de un mal intencionado puede perjudicarnos, por muy sólida que sea la posición que ocupemos.

X. LAS PERDICES

Un hombre preparó redes para las perdices y cuando cayeron, el cazador se llegó a las redes, de donde fué sacando a las perdices y matándolas.

Mientras estaba matando las perdices dábale el viento en los ojos tan fuertemente que le hacía llorar, por lo cual una de las perdices, de las que aún estaban vivas en la red, comenzó a decir a las otras :

—¿Véis, amigas mías, lo que hace este hombre? Según nos mata tiene gran pesar por nosotras. Ved cómo está llorando. ¿No véis qué buen hombre es éste, que llora cuando nos mata?—repetía.

Y otra perdiz que estaba allí, mucho menos ingenua, y que con su sabiduría se guardó de caer en la red, respondióle así :

—Amiga mía, mucho agradezco a Dios que me guardara de caer en la red y le ruego que me guarde a mí y a todos mis amigos

del que me quiere matar y me da a entender que mi daño le pesó o le pesa.

* Recordad las lágrimas del cocodrilo y el refrán que dice: Hombre prevenido vale por dos.

XI. SANTO DOMINGO Y EL AVARO

Hubo un lombardo que había llegado a reunir un gran tesoro sin cuidarse de dónde procediera, y cuando enfermó de dolencia mortal, un amigo suyo le aconsejó que confesase con Santo Domingo que estaba entonces en Bolonia. Santo Domingo envió en su lugar un fraile, y los hijos, temerosos de que le hiciese devolver el dinero a su padre para la salvación de su alma, le dijeron al fraile que volverían por él cuando fuera menester.

A poco rato perdió el avaro el habla, y murió de manera que no hizo nada por su salvación. Otro día, cuando le llevaban a enterrar, rogaron a Santo Domingo que predicase acerca de aquel lombardo. Durante la predicción recordó las palabras del Evangelio que

dicen : «Donde está tu tesoro está tu corazón». Y después volvióse hacia las gentes y les dijo :

—Amigos, para que veáis que la palabra de Dios es verdadera, el corazón de ese hombre no se hallará en su cuerpo, sino en el arca donde tenía el tesoro.

En efecto, halláronlo en el arca como Santo Domingo dijo, podrido y lleno de gusanos.

* Es necesario reunir un tesoro, pero de buenas obras, para tener la gracia de Dios y el amor de las buenas gentes.

XII. EL CERCO DE SEVILLA

El santo rey Don Fernando tenía cercada a Sevilla y entre muchos hombres valerosos que con él había, figuraban tres caballeros a quienes se les tenía por los mejores hombres de armas que entonces había en el mundo. Dos de ellos se llamaban Don Lorenzo Suárez Gallinato y Don Garci Pérez de Vargas.

Un día estos caballeros porfiaban entre sí cuál era el más valiente de los tres, y para averiguarlo acordaron armarse y llegar a la

puerta de Sevilla hasta dar en ella con las lanzas.

Otro día, de mañana, fuéronse a armar y se dirigieron a la ciudad. Los moros que vigilaban desde el muro y las torres, cuando vieron que no eran más que tres caballeros creyeron que venían como enviados y no salió ninguno de los moros. Así los caballeros llegaron a la puerta de la ciudad y dieron con los cueros de las lanzas en ella. Cuando lo hubieron hecho volvieron las riendas a los caballos en dirección del campamento.

Cuando los moros vieron que no les decían nada tuviéronse por burlados y comenzaron a ir en pos de ellos en número de mil quinientos hombres a caballo y más de veinte mil a pie.

Cuando los tres caballeros vieron que se les acercaban, volvieron las riendas de los caballos y los esperaron, y uno de ellos se lanzó contra los moros para herirlos, mientras Don Lorenzo Suárez y Don Garci Pérez de Vargas estuvieron firmes en su sitio.

Cuando los moros estuvieron más cerca, Don Garci Pérez avanzó contra ellos mientras Don Lorenzo Suárez quedó esperándolos hasta que llegaron a atacarle. Entonces metióse entre ellos y comenzó a hacer prodigios con las armas, mientras los cristianos, viendo a aquellos caballeros en peligro, fueron a socorrerlos.

Fué la voluntad de Dios que no muriera ninguno de ellos, pero la pelea fué grande entre moros y cristianos, y en ella los cristianos llevaron la mejor parte.

El rey mandólos prender diciendo que merecían la muerte por haberse atrevido a tan gran locura: lo primero por lanzar a la hueste a la lucha, sin mandato del rey, y luego, por haber puesto en peligro al ejército cristiano de perder tres caballeros tan buenos.

Cuando los grandes de la hueste pidieron perdón por ellos al rey, los mandó soltar, y cuando supo la querella que les había impulsado a acometer aquella aventura, mandó llamar a los jueces para que juzgaran cuál de ellos lo había hecho mejor. Cuando estuvie-

ron reunidos hubo grandes discusiones, pues los unos decían que había sido mayor el esfuerzo del que primero fué a herir a los moros, otros decían que el segundo y otros que el tercero. Cada uno aducía tan buenas razones, que parecía tener la razón, y en realidad tan bueno era el hecho en sí que todos podían tenerla. Pero, al fin, la sentencia fué esta : que si los moros que venían hacia ellos hubieran sido tantos que por el esfuerzo de aquellos tres caballeros hubieran podido ser vencidos, el primero que los fué a herir hubiera sido el mejor caballero, pues, emprendía algo que se podía acabar ; pero, puesto que los moros eran tantos que no los hubieran podido vencer de ningún modo, el que iba a ellos no lo hacía por vencerlos, sino que la vergüenza le obligaba a no huir, y al no poder huir, el miedo le hacía avanzar para acabar cuanto antes.

Al segundo que les fué a herir y esperó más que el primero, lo tuvieron por mejor, porque pudo resistir más el miedo. Pero Don Lorenzo Suárez Gallinato que sufrió todo el

miedo y esperó hasta que le hirieron los moros, había sido el mejor caballero.

Bueno es el valor, buena la audacia, pero, sin duda alguna, que la más valiosa de las cualidades es la perseverancia, como lo demuestra el fallo de los jueces al declarar que fué el mejor de todos el buen caballero Lorenzo Suárez.

XIII. DE LO QUE OCURRIÓ AL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ CON NUÑO LAINEZ

Estando el Conde Fernán González en Burgos, después de haber pasado muchos trabajos por defender su tierra, díjole Nuño Lainez que descansase de allí en adelante y que dejase descansar a sus gentes. El Conde respondió que a nadie en el mundo le gustaría más que a él descansar si pudiese; pero que bien sabía que estaba en guerra con los moros, con los leoneses y con los navarros, que si descansase, sus contrarios invadirían su terreno, y que si quisiese ir a caza con buenas aves por el Arlanzón, montado sobre mulas bien alimentadas, lo podría hacer, pero que le ocu-

riría como dice el proverbio antiguo : *Murió el hombre y murió su nombre.*

* Pero si queremos olvidar los vicios y hacer por defendernos, dirán de nosotros después de muertos: «Murió el hombre, mas no su nombre». Es necesario que después que muramos, no muera la fama de nuestros buenos hechos.

XIV. LA PROVIDENCIA DE DIOS

Don Pero Meléndez de Valdés era un caballero muy honrado en el reino de León. Tenía costumbre de decir cuando algo ocurría : «Bendito sea Dios, que, pues, El lo hizo, esto es lo mejor».

Don Pero era consejero y privado del Rey de León ; pero sus contrarios, movidos por la envidia, le levantaron un falso testimonio y buscáronle tanta enemistad con el Rey que el monarca lo mandó matar.

Estando Don Pero Meléndez en su casa, llegó un enviado del Rey para prenderlo, mientras que los que le habían de matar quedaron esperando a media legua de su casa. Don Pero cayó por la escalera y se quebró una pierna.

Cuando las gentes que habían de ir con él vieron aquel triste suceso, comenzaron a decirle :

—¡ Ah Pero Meléndez ! Vos que decís siempre «lo que Dios hace es lo mejor», tomad ahora este bien que Dios os ha hecho.

El les contestó que estuviesen ciertos de que ellos mismos habían de decir que, puesto que Dios lo había hecho era lo mejor, y por más que hicieron no pudieron sacarle de esta opinión.

Cuando los que estaban esperando para matarle por orden del Rey vieron que no venía, una vez que supieron lo que había ocurrido, contáronle la razón, por la cual, no habían podido cumplir su mandato.

Mucho tiempo duró a Don Pero la herida de la pierna, durante la cual supo el Rey que el hecho que habían atribuído a Don Pero Meléndez había sido una gran falsedad. Prendió a los que se lo habían dicho, fué a ver a Don Pero Meléndez y después de contarle la gran falsedad que de él dijeran, le pidió perdón por la equivocación que había tenido ; le honró mucho para compensar su anterior des-



Mucho tiempo duró a Don Pero la herida de la pierna.

confianza y mandó hacer especial justicia, ante él, de aquellos que habían levantado el falso testimonio.

Así libró Dios a Don Pero Meléndez, porque estaba sin culpa, y fué comprobada la frase que él siempre solía decir: «que siempre es lo mejor aquello que Dios hace».

XV. LOS CUERVOS Y LOS BUHOS

Los cuervos y los buhos tenían entablada una gran contienda, pero los cuervos tenían mayor razón para quejarse; porque los buhos, que tienen la costumbre de andar de noche mientras de día se encierran en cuevas muy difíciles de hallar, venían a los árboles donde se albergaban los cuervos y mataban a muchos de ellos.

Un cuervo muy sabio, se arrancó todas las plumas salvo algunas de las alas para poder volar, y de esta manera se dirigió al lugar donde estaban los buhos.

—Mirad—les dijo—el daño que me han hecho mis parientes, sólo porque les dije que no

BIBLIOTECA NACIONAL

DE MAESTROS

pelearan contra vosotros. Puesto que tan mal se han portado conmigo, yo os diré muchas maneras de vengaros y hacerles mucho daño.

Cuando oyeron esto, les agradó sobremanera; creyeron que por aquel fugitivo habían de arreglarse todos sus asuntos, comenzaron a hacerle mucho bien y le confiaron toda su hacienda y sus secretos.

Entre los buhos había uno muy viejo y de gran experiencia que no vió con buenos ojos la visita. Fué a hablar con el principal y le aseguró que aquel cuervo no había ido a ellos más que para enterarse de sus asuntos y hacerles daño. Pero el buho viejo no fué creído de los otros, y cuando vió que no lo querían creer se alejó de su compañía y se fué a buscar un sitio donde no pudieran hallarle.

Cuando al cuervo le crecieron las plumas, dijo a los buhos, que puesto que ya podía volar perfectamente, quería saber dónde estaban los enemigos y que vendría a decirlo para que fueran a destrozarlos.

Pero una vez que estuvo con los demás, se unieron todos, y sabiendo los secretos de los

buhos se dirigieron contra ellos de día, precisamente cuando no vuelan y están escondidos, matando y destruyendo a tantos que quedaron los cuervos vencedores en la guerra.

Y todo este mal vino a los buhos porque se confiaron en el cuervo, que era su enemigo.

XVI. EL REY Y EL FALSO ALQUIMISTA

Un hombre, que era gran truhán y que tenía gran deseo de enriquecerse, tuvo noticia de un rey que no tenía gran prudencia y era aficionado a la alquimia. El tal truhán tomó cien doblas, las limó, y de aquellas limaduras hizo, con otras cosas cosas que puso en ellas, cien montones. Fuese a la ciudad donde moraba el Rey y vendió aquellos montones a un especiero diciéndole que servían para muchas cosas y que singularmente sin ellos no se podía hacer alquimia. El especiero preguntó cómo se llamaba aquello, el truhán le dijo que se llamaba *Tabardit* y recibió en pago tres doblas.

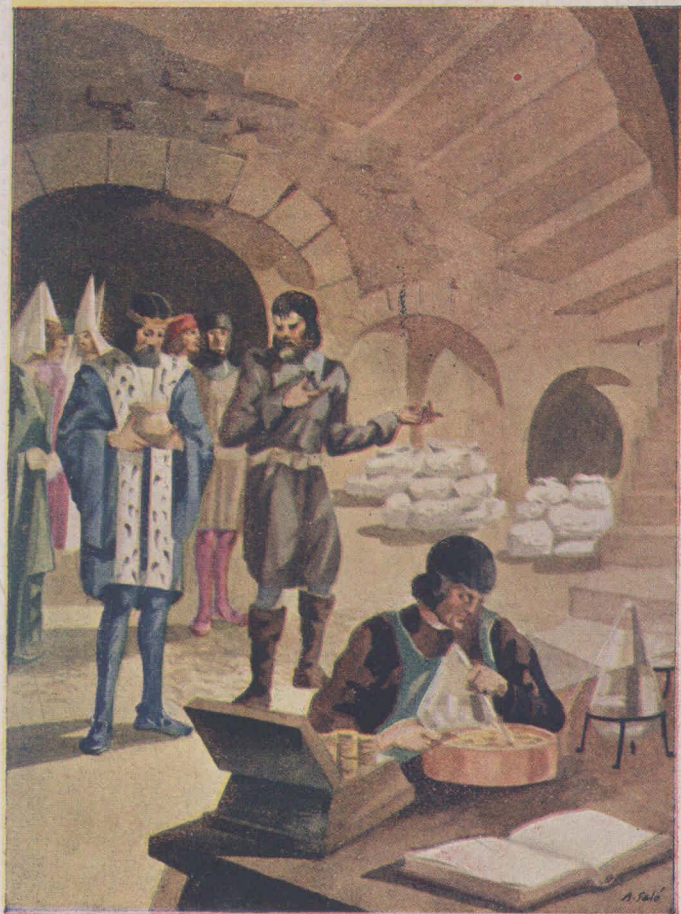
Vivió algún tiempo en aquella ciudad, y

mientras tanto iba diciendo a unos y a otros como quien dice un secreto, que él sabía hacer alquimia. Estas nuevas llegaron al Rey que envió a buscarle y le preguntó si era cierto que sabía hacer alquimia. El truhán al principio, quiso fingir que no, pero luego le dijo al Rey que si quería podía hacer pruebas delante de él.

Entonces el Rey hizo traer las cosas que el truhán le pidió, todas ellos de fácil adquisición y que no costaron más de dos o tres dineros. Entre otras mandó traer un montón de *tabardit*, que fundió con los demás ingredientes delante del Rey, obteniendo el peso de una dobla de oro puro. Cuando el Rey vió que de aquello que costaba tan poco salía una dobla, se tuvo por el hombre más feliz del mundo.

—Señor—le dijo el truhán—os he enseñado todo cuanto sabía y de aquí en adelante vos lo podréis hacer tan bien como yo. Pero conviene que sepáis que si faltare cualquiera de estas cosas no podríais hacer oro.

Cuando hubo dicho esto, despidióse y mar-



—Señor—le dijo el truhán—os he enseñado cuánto sabía...

ché a su casa. El rey, entonces, probó hacer oro sin maestro, dobló las cantidades y salieron dos doblas. Cuando vió que por este procedimiento obtenía todo el oro que quería, mandó traer de aquellos ingredientes en cantidad suficiente para hacer mil doblas, pero así como hallaron todas las demás cosas, el *tabardit* no lo pudieron encontrar.

Viendo el Rey que le faltaba el *tabardit* y que no podía hacer él oro, envió a buscar al falso alquimista.

—No puedo hacer oro—le dijo.

—¿Tenéis, señor, todas las cosas que os dejé escritas?

—Las tengo, pero me falta el *tabardit*.

—Ya sabéis, señor—le contestó el truhán—que no se puede hacer oro si cualquiera de esos ingredientes falta.

Entonces preguntóle el Rey si sabía dónde podría hallarse el *tabardit* y el truhán le respondió que sí. Mandóle el Rey, puesto que sabía dónde se encontraba, que fuese por él y que trajese tanto, que se pudiese hacer todo el oro que se quisiera.

El Rey calculó cuánto podría costar la compra y los gastos del viaje, y entregó al truhán una gran cantidad. Cuando el falso alquimista la tuvo en su poder, se fué con ella y el Rey no lo volvió a ver nunca, quedando engañado a causa de su propia imprudencia.

Como tardaba demasiado el alquimista, el Rey mandó a preguntar a su casa si sabían de él algunas nuevas, pero no hallaron allí nada más que un arca donde había encerrado un escrito que decía así:

«No hay en el mundo *tabardit* ; pero sabed que os he engañado, y que cuando yo os decía que os haría rico, debierais haberme dicho que primero me hiciera rico a mí y que después me creeríais».

Al cabo de algunos días unos hombres se pusieron a escribir los nombres de sus conocidos aplicándoles al lado su defecto o su cualidad.

—Los astutos—decían—son Fulano y Fulano, y los cuerdos tal y tal.

Al escribir los nombres de los imprudentes, escribieron el del Rey. Cuando éste lo supo

mandó que los trajeran a su presencia y después de asegurarles que no les haría mal alguno, les preguntó que por qué le consideraban poco prudente. Ellos le contestaron que por haber dado tanto dinero a un hombre extraño de quien no tenía ninguna garantía.

El Rey les respondió que habían errado, pero si volviera el hombre que se había llevado el dinero, no podrían acusarle de hombre de poca previsión.

—Conformes, señor—le respondieron ellos—pues, si el otro viniese, el hombre de poca previsión ya no sería Vuestra Majestad, sino él.

* Huid del hombre que os hable con palabras halagüeñas prometiendo fingidos tesoros, porque os tiende una red a sus mismos pasos.

XVII. EL REY Y EL FILÓSOFO

Un Rey dió a criar a su hijo a un sabio filósofo en quien confiaba mucho. A la muerte del Rey, el Príncipe era aún niño, y, el filósofo lo crió y educó hasta que pasó de quince años; entonces comenzó a despreciar los consejos de

quien lo había criado. Todo en él empeoró: su salud y sus asuntos, y las gentes comenzaban a murmurar de la conducta del nuevo Rey. El filósofo, unas veces probaba a atraerlo con ruegos y con halagos, y otras, con duros sermones, pero todo se estrellaba ante el carácter del joven.

Como el filósofo se dió cuenta de que por ninguno de los medios corrientes podía cambiar el carácter de su soberano, comenzó a decir en Palacio que él era el mejor agorero del mundo. Cuando lo supo el Rey preguntó a su preceptor si era cierto que sabía ver el porvenir tan bien como le decían. El filósofo, en un principio, hizo como que lo quería negar, pero al cabo díjole que era verdad, pero que era necesario que nadie en el mundo lo supiese.

El Rey entró en deseo de comprobar las facultades de su ayo, y éste aplazaba siempre la ocasión de demostrárselas, encendiendo así cada vez más, el vehemente deseo del joven Rey. Tanto y tanto rogó al filósofo que, al fin,

una noche, quedaron concertados para el día siguiente muy de mañana.

El filósofo se dirigió con el Rey a un valle donde había una gran cantidad de aldeas yermas, y después que hubieron pasado por muchas vieron una corneja que estaba dando voces en un árbol. El Rey la mostró al filósofo y éste hizo como que la entendía. Otra corneja, en tanto, comenzó a dar voces en otro árbol y parecía que con sus gritos se contestaban la una a la otra.

Cuando el filósofo hubo escuchado, estuvo silencioso durante un largo rato y comenzó luego a llorar y a rasgarse las vestiduras.

El Rey preguntó el motivo de su desesperación y el filósofo dióle a entender que quería callarlo. Cuando hubo insistido mucho el joven, respondió el filósofo que preferiría estar muerto.

—Porque no sólo los hombres—explicó—sino también las aves entienden que a fuerza de imprudencias se pierden las tierras y la hacienda de este Estado.

Al preguntarle el Rey cómo era aquello, respondióle el filósofo :

—Sabed, ¡ oh Rey !, que estas aves se han propuesto casar mutuamente a sus hijos, y la corneja que comenzó a hablar primero era favorable a la unión. Y la otra corneja dijo que ella era entonces más rica que la otra, pues gracias a Dios desde que este Rey reinaba, todas las aldeas de aquel valle estaban yermas y que en las casas desiertas hallaba muchas sabandijas, lagartos y sapos, por lo cual tenía mejor comida que de costumbre y el casamiento no era igual. Oído esto, la otra corneja comenzó a reír, y respondióle que poco seso tenía si, por esta razón, quería aplazar el casamiento, que sólo con que Dios diera vida a este Rey, muy pronto sería más rica que la otra, pues, pronto estaría desierto todo el valle donde ella moraba, donde había tantas aldeas como en el suyo. Como por ese motivo no tenían por qué aplazar la unión, otorgaron ambas cornejas su consentimiento.

Desde entonces el Rey prometió, en su interior enmendarse y cuando el filósofo compren-

dió que estaba arrepentido, dióle tan buenos consejos que en poco tiempo el reino se vió otra vez feliz y floreciente.

* No debéis esperar, queridos niños, que la adversidad os muestre vuestros errores. Los consejos de vuestros mayores os guiarán por el camino de la vida, y si sabéis escucharlos, os evitarán muchos males.

XVIII. EL TORO Y EL LEÓN

El león y el toro eran muy amigos; y como son dos animales muy fuertes se enseñoreaban de todos los demás, porque el león con la ayuda del toro perseguía a los demás animales que comían carne, y el toro, con la ayuda del león, perseguía a los que pacían hierba. Cuando los animales comprendieron que el león y el toro les perseguían gracias a su mutua ayuda, discutieron entre sí la manera de enemistar al toro y el león.

Como el zorro y el carnero eran los más allegados a los temidos animales, dijéronles que trabajasen cuanto pudiesen por hacer lo que los animales deseaban. El zorro que era consejero del león dijo al oso, que es el más

esforzado después del león entre todas las bestias que comen carne, que le dijese al león, que el toro recelaba de él y que iba buscando la manera de proporcionarle todo el daño que pudiera, pues hacía días que le habían dicho eso, y aún cuando pudiera ser que no fuera cierto, sin embargo, era conveniente pensar en ello.

Lo mismo dijo el carnero, que era consejero del toro, al caballo, que después del toro es el animal más fuerte entre los que pacen hierba.

Tanto dijeron al uno y al otro que aunque el león y el toro no lo creyeron completamente, cayeron en algunas sospechas, pues aquellos que se lo decían eran los más honrados en sus linajes. Cada uno de ellos habló con el zorro y con el carnero, que eran sus privados, y ellos dijéronles que aun cuando era posible que el oso y el caballo dijeran aquello por vía de ardid engañoso, era conveniente que de allí en adelante se fijaran en los dichos y en los hechos de su compañero, y que según viesan que obraban, así podrían ellos obrar.

Ya con esto hubo mayores sospechas entre el león y el toro, y cuando los animales lo

comprendieron así, les daban a entender más abiertamente que cada uno de ellos recelaba del otro y que esto no podía ser sino por las malas voluntades que tenían escondidas. El zorro y el carnero, como falsos consejeros, olvidando la lealtad que debían tener a sus señores, los engañaron, y tanto hicieron que la concordia que existía entre el león y el toro se convirtió en odio.

Visto esto por los animales reforzaron sus ardides hasta que les hicieron comenzar la lucha, y dando a entender cada uno de ellos a su jefe que le ayudaba, hacían recaer el daño sobre el toro y el león.

Como quiera que el león hizo mucho más daño y mayor mal, el toro descendió mucho en poder, pero siempre el león quedó tan desamparado de allí en adelante que nunca pudo enseñorearse de las otras bestias ni apoderarse de ellas como solía. No habiendo guardado el león y el toro la provechosa amistad que tenían entre sí, ni habiendo sabido descubrir los engaños de los otros animales, salieron tan mal de aquel pleito que así como antes eran

dueños de los demás animales, después se enseñorearon los demás animales de ellos.

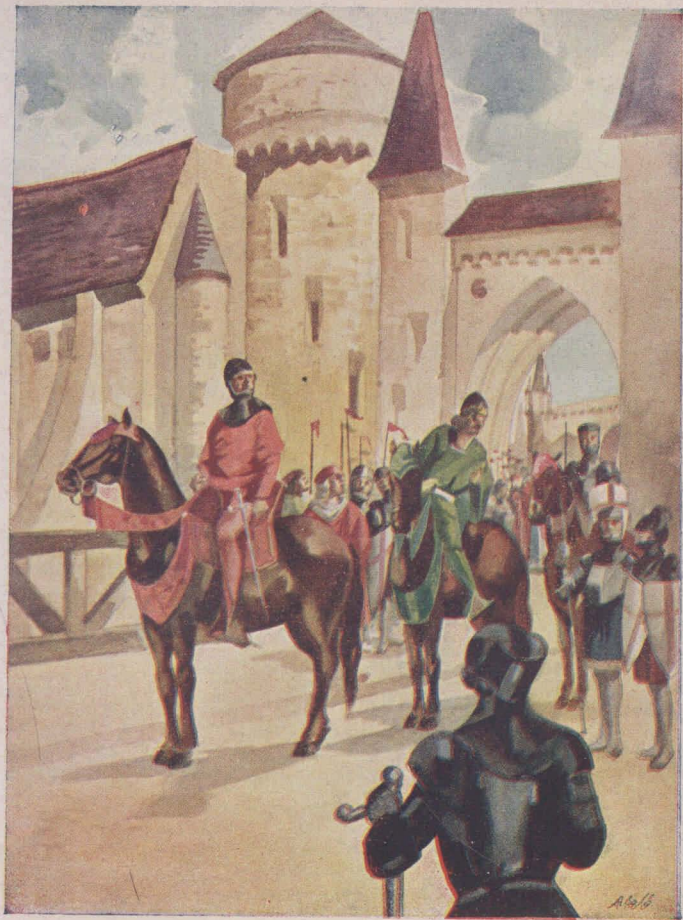
* Por muy elevada que sea la situación que en la vida pueda ocuparse, las intrigas de los envidiosos pueden siempre alcanzar la ruina con sus solapadas maniobras.

XIX. EL REY QUE QUISO PROBAR A SUS HIJOS

Un Rey moro tenía tres hijos y como el padre entre los moros puede hacer que reine cualquiera de sus hijos, cuando el Rey llegó a la vejez sus súbditos le pidieron que señalase cual de los tres infantes había de reinar después de él.

El Rey les respondió que de allí a un mes se lo diría. Ocho o diez días después díjole al hijo mayor que al día siguiente muy temprano quería cabalgar y que fuera a verle. Así lo hizo, pero no tan de mañana como el Rey su padre dijera. Cuando llegó díjole el Rey que se quería vestir y que le hiciese traer las vestiduras.

El Infante dijo al criado que trajera las vestiduras y el criado preguntó qué vestido que-



El infante montó a caballo y con él, su séquito...

ría. El Rey fué pidiendo al Infante y el Infante al criado todas las prendas una por una. Cuando estuvo vestido y calzado mandó el Rey al Infante que mandase traer el caballo ; el caballero preguntó qué caballo quería y el Infante hizo la pregunta al Rey. Así ocurrió con la silla, con el freno, con la espada y con las espuelas.

Cuando por fin acabaron, dijo el Rey al Infante que no quería cabalgar que fuese él por la ciudad y que se fijara en las cosas que viera para írselas a contar luego. El Infante montó a caballo y con él su séquito, precedida la comitiva de trompetas, atabales y otros instrumentos. El Infante anduvo por la ciudad y cuando volvió a ver al Rey, y éste le preguntó que le había parecido lo que viera, díjole que bien, pero que aquellos instrumentos hacían mucho ruido.

Al cabo de unos días mandó el Rey al hijo mediano que viniese a verle muy de mañana. Este Infante hízolo todo como el primero.

El tercer Infante se levantó antes de que el Rey despertase ; esperó hasta que despertó

su padre, hízole la reverencia que debía y mandó que le trajesen los vestidos. El Infante le preguntó que traje quería, fué por ello y llevóselo todo sin permitir que el criado lo vistiese y lo calzase, sino él mismo, dando a entender que se sentía feliz al poder servir a su padre. Cuando el Rey estuvo vestido y calzado, mandó al Infante que le hiciesen traer el caballo después de haber preguntado al Rey que caballo quería y con que silla, freno y espada, así como quien quería que cabalgase con él. Cuando todo lo hubo hecho díjole el Rey que no podía cabalgar, ordenándole que cabalgase él y que le dijese lo que viera.

Una vez a caballo, el Infante ordenó que le mostrasen la ciudad y sus calles; dónde tenía el Rey sus tesoros y cuántos eran; cuántas eran las mezquitas y los habitantes de la ciudad. Después salió fuera y mandó que saliesen todos los hombres de armas y que hiciesen ejercicios en su presencia. Vió también los muros y las defensas. Una vez que todo lo hubo visto volvió a presencia del Rey, su padre.

Cuando el Rey le preguntó sus impresiones, contestó el Infante :

—Si estuviera cierto de no causar disgusto a V. M., yo lo diría de buen grado.

El Rey le mandó que dijese sinceramente lo que le parecía, a lo que su hijo le respondió :

—Señor, todos dicen que V. M. es un gran Rey, pero si así fuera, al tener tan buen ejercito, tantas riquezas y tan gran poder, todo el mundo debía de ser de V. M.

Agradó mucho al Rey la respuesta que su hijo le daba, y cuando cumplió el plazo para responder a sus súbditos, díjoles que les daba a su hijo menor para que los gobernase.

* La diligencia, por una parte, y el golpe de vista para anticiparse a los deseos del Rey, fueron las cualidades que le movieron a preferir al menor de sus hijos como su sucesor, pues, demostró que sería previsor y diligente.

XX. EL CONDE DE PROVENZA Y EL SOLDÁN

Un Conde hubo en Provenza deseoso de ganar el Cielo con sus buenas obras. Tomó consigo mucha gente bien avituallada y se di-

rigió a Tierra Santa poniendo su confianza en Dios.

Dios quiso mandarle trabajos para ponerle a prueba y consintió que fuese hecho prisionero por el Soldán. Mientras estuvo preso, sabiendo Saladín, (que así se llamaba el Soldán) su gran bondad y su alto linaje, le atendía, le honraba y tomaba consejo de él en sus asuntos.

Al salir el Conde de su tierra, había dejado una hija muy pequeña, pero había pasado tanto tiempo que estaba ya en edad de casarse. La condesa, su mujer, y sus parientes, enviaron a decir al Conde cuántos hijos de reyes y otros grandes hombres la pedían en matrimonio.

—Señor—dijo el Conde a Saladín—me habéis hecho tanta merced y tanto me habéis honrado con vuestra confianza, que me atrevo a pedir os consejo sobre una cosa que me ocurre.

El Soldán agradeció mucho al Conde esta confianza y díjole que le aconsejaría muy de grado y aun le ayudaría con muy buena voluntad en cualquier cosa que le ocurriese. El Con-

de le notificó el próximo casamiento de su hija y los problemas que aquello le traía, a lo que respondió Saladín :

—Conde, yo no sé que linaje o que poder tienen todos los que piden a vuestra hija, cuáles son sus costumbres o qué vecindad tienen con vos para preferir uno u otro. Por lo tanto, no pudo aconsejaros concretamente, pero lo que sí os aconsejo es que la caséis con el hombre mejor.

El Conde se lo agradeció y entendió muy bien lo que aquello quería decir, y notificando a sus parientes y a la Condesa el consejo que el Soldán le diera, les pidió que pusieran por escrito todas las costumbres, buenas y malas, que los pretendientes tuvieran, sin preocuparse de su riqueza ni de su poder.

Cuando el Conde recibió noticias de su esposa con lo que pedía, mostróles al Soldán, y éste vió que los hijos de los reyes y de los grandes señores tenían defectos ; quien no era glotón o bebedor, era huraño o sañudo. Pero encontró que un hijo de un noble que no tenía gran poder ni grandes riquezas, resultaba el

mejor de todos, y así aconsejó el Soldán al Conde que casara a su hija con aquel hombre.

Así lo hizo el Conde, de lo cual se extrañaron mucho su esposa y sus parientes, pero llamaron al pretendiente elegido. Este creyó al principio que tal elección no era cierta, pues bien sabía que sus riquezas y posición eran inferiores a las de los otros pretendientes, pero después que le hubieron relatado todo tal como había ocurrido comenzó a creerlo y pidió que le dieran posesión del Condado.

Cuando lo hubieron hecho, el elegido fijó el día de la boda, y después que ésta se hubo celebrado con gran pompa, el nuevo Conde de Provenza llamó aparte a su suegra y a sus parientes diciéndoles que se marchaba, encomendándoles a su esposa, y prometiéndoles que volvería después de haber dado fin a alguna hazaña que le proporcionara fama.

Se dirigió al reino de Armenia, morando allí hasta que supo bien el lenguaje y todas las costumbres de la tierra. Habiendo sabido que el Soldán era muy aficionado a la caza, llevó consigo muchos canes y aves, se dirigió al palacio

de Saladín y puso una de sus galeras en cada puerto mandando a sus capitanes que no levaran anclas hasta que él se lo mandase.

Cuando llegó ante el Soldán fué por él muy bien recibido; quiso hacerle Saladín valiosos regalos, pero el yerno del Conde no quiso aceptar nada, diciéndole que sólo había venido atraído por su buena fama a vivir algún tiempo en su casa si él lo tenía a bien, y que, como sabía que era muy aficionado a la caza, le llevaba algunas aves y perros de los cuales podía tomar lo que quisiese.

Un día que iban de caza, los halcones, persiguiendo a unas grullas, fueron a dar a un puerto donde el yerno del Conde tenía una de sus galeras. Distraído el Soldán con la caza no se dió cuenta de que le rodeaban los marineros por orden del de Provenza, y de que éste echaba mano a la espada.

El Soldán díjole entonces que le había hecho traición, pero el yerno del Conde respondió que bien sabía el Soldán que nunca lo había tomado por señor ni había aceptado de él presente ni cargo alguno. Cuando lo tuvo prisio-

nero en la galera se dió a conocer y le pidió que le diese a su suegro, para dar a entender al Soldán que si él lo había elegido como hombre íntegro, no lo sería en el caso de no haber obrado como obraba.

Cuando Saladín oyó esto lo agradeció mucho a Dios y fué mayor su gozo por haber acertado con el consejo que diera al Conde que si hubiera recibido otros bienes u otros honores por grandes que fuesen. Dijo al yerno del Conde que pondría en libertad a su suegro, de muy buen grado, y de este modo, gracias al buen consejo que Saladín diera un día al Conde de Provenza, todo se arregló del modo más conveniente.

* A los hombres altivos y vanos les guía el odio en sus acciones: a los humildes, en cambio, el ejemplo de las virtudes. Las almas generosas no se vengan.

XXI. EL ARBOL DE LA MENTIRA

La Mentira y la Verdad plantaron un árbol, y cuando empezó a brotar quisieron decidir cuál había de ser la habitación de cada una. La Mentira aconsejó a la Verdad que eligiese las

raíces que están bajo tierra y que, por consiguiente, tienen menos peligro de ser pisadas, derribadas por el viento, agostadas por el sol, quemadas por el hielo, picadas por las aves o roídas por las otras bestias.

La Verdad se fió de la Mentira, y ésta, fuese muy contenta de su negocio. Comenzó a crecer el árbol y pronto tuvo hermosas flores y grandes ramas bajo las cuales se agrupaban los hombres para oír los halagos de la Mentira. Así pasó un año tras otro año, pero llegó el momento en que a la Verdad le faltó otra cosa con qué alimentarse y comenzó a roer las raíces. El árbol cayó, causando gran daño a los hombres que se guarecían bajo él, y la Mentira misma fué muy mal parada.

* Pensad que la mentira tiene ramas muy grandes y que sus flores, que son sus dichos, son muy placenteras. Pero todo es sombra, y nunca llegan a dar buen fruto.

XXII. HISTORIA DEL EMPERADOR FADRIQUE

El Emperador Fadrique contrajo matrimonio con una doncella de gran abolengo, pero no cuidó de enterarse de su carácter antes de

casarse con ella. Después que estuvieron casados, el emperador echó de ver que era la mujer más difícil de contentar del mundo. Si el Emperador quería comer, ella quería ayunar ; si él quería dormir, quería ella levantar, y en resumen, ella quería siempre lo que él no quería.

El Emperador la sufrió durante algún tiempo, pero cuando vió que de ninguna manera podía modificarla, ni con ruegos, ni con halagos, ni con amenazas, fué a visitar al Papa y contóle su caso, así como la vida que pasaba y el peligro en que ponía a su imperio el carácter de la Emperatriz.

El Papa le dijo que según la ley de los Cristianos no podían separarse, aunque también comprendía que no podían vivir juntos a causa de los malos modos que tenía la Emperatriz. Le aconsejó paciencia y talento para remediar su desgracia.

Cuando se despidió del Papa marchó de nuevo el Emperador a su tierra y comenzó otra vez a halagar, a aconsejar y a amenazar a su mujer, pero sin éxito. Cuando vió que nada con-

seguía díjole un día que se iba a cazar ciervos y que llevaría una porción de una hierba que se pone en las saetas para envenenarlas, dejando la otra porción para cuando fuese de caza otro día, pero que por nada del mundo se pudiese aquella hierba en ningún lugar donde estuviera levantada la piel, pues era tan fuerte su veneno que no había en el mundo cosa viva que no matase. Tomó de otro ungüento muy bueno para cualquier llaga y se puso en una pequeña herida que tenía en la mano y que se curó en seguida, diciéndole a su esposa que si le hiciera falta aquel ungüento se lo pusiese en la parte dañada de su cuerpo. Cuando lo hubo dicho se marchó a cazar.

Cuando el Emperador se fué, la Emperatriz comenzó a razonar de esta manera :

—Ved si es falso el Emperador, que puesto que sabe que esta herida que yo tengo no es como la suya, me dijo que me curase con aquel ungüento que él se dió, porque sabe que no podría curarme con él. Pero como también sabe que con aquella hierba me curaría, me dijo que no la emplease por nada del mundo. Pero yo,

para hacerle sufrir me daré con ella, y cuando venga me hallará sana, con lo cual le daré un gran pesar.

Los caballeros y las señoras que con ella había, porfiaron mucho para que no lo hiciese, llorando con verdadera aflicción, asegurándole que moriría. Pero a pesar de todo tomó la hierba y la aplicó sobre su herida. Cuando comenzaba a arrepentirse ya era tarde.

* ¿Qué puede esperarse de la terquedad y el deseo de contrariar a vuestros mayores? Solamente males sin cuento, como lo atestigua la Emperatriz de nuestra narración.

XXIII. HISTORIA DE DON ALVARFÁÑEZ

Pero a Don Alvarfáñez le ocurrió lo contrario. Don Alvarfáñez era un honrado señor que pobló a Iscar, donde moraba.

El Conde Don Pedro Ansúrez tenía tres hijas, y Don Alvarfáñez quiso casarse con una de ellas, pero le pidió al Conde que le dejase hablar un rato con cada una para escoger luego la que fuera más de su agrado.

Consintió el Conde, y Don Alvarfáñez apartóse con la hija mayor diciéndole :

—Yo me casaría con vos si consintiereis en ello, pero ante todo quisiera hacéros saber que yo no soy muy joven. Además, a causa de las heridas que recibí en las muchas batallas donde he luchado, ha enflaquecido tanto mi cabeza que por poco vino que beba me hace perder el entendimiento, y cuando estoy fuera de mí no sé lo que me digo ; a veces hiero a quien me rodea aunque cuando vuelvo a mi juicio me pesa mucho todo lo que antes hice.

Cuando le hubo dicho estas y otras cosas, respondió la hija del Conde que este casamiento no dependía de ella, sino de su padre y su madre, y así cuando Don Alvarfáñez se hubo retirado fué a ver al Conde. Sus padres le preguntaron cuál era su voluntad, a la que ella respondió :

—Tales cosas me ha dicho Don Alvarfáñez, que antes me quisiera ver muerta que casada con él.

El Conde díjole entonces a Don Alvarfáñez que su hija no tenía deseo de casarse. Habló

entonces Don Alvarfáñez con la hija mediana y ocurrió lo mismo, pero la pequeña le respondió, después que le hubo dicho todo aquello que dijera a sus hermanas :

—Agradezco a Dios que queráis casaros conmigo.

A todas las cosas que Don Alvarfáñez le había dicho supo tan bien responder, que él quedó muy satisfecho por haber encontrado mujer de tal entendimiento, pidiéndola al Conde Don Pedro Ansúrez por esposa.

Se celebraron las bodas de Don Alvarfáñez con Doña Vascuñana y fué ésta en lo sucesivo tan buena y tan cuerda, que cada día estaba más satisfecho de ella su marido dejándola hacer todo cuanto quería, pues nunca quería nada que no le agradase a él.

No le contrarió jamás en nada, y no por halagarle, sino porque estaba convencida de que nada de lo que Don Alvarfáñez decía podía estar equivocado.

Así las cosas, llegó un día a casa de Don Alvarfáñez un sobrino suyo que vivía en Palacio, y después de haber vivido con él unos días

dijo a su tío que sólo le encontraba un defecto : que hacía demasiado caso de su mujer y la mezclaba excesivamente en sus asuntos.

—De esto te daré respuesta de aquí a unos días—contestóle Don Alvarfáñez.

Un día que Don Alvarfáñez, su sobrino y Doña Vascuñana iban a caballo por un camino, adelantáronse los dos primeros al séquito y vieron un rebaño de vacas.

—¿Has visto, sobrino—preguntó Don Alvarfáñez—qué hermosas yeguas hay en nuestra tierra?

Cuando su sobrino oyó esto, maravillóse y pensó que su tío lo había dicho por equivocación, diciéndole que lo que había pasado no eran yeguas, sino vacas. Con esto Don Alvarfáñez se mostró muy extrañado y decía a su sobrino que había perdido el seso, pues bien había visto que eran yeguas.

El sobrino cada vez se asombraba más pensando que su tío se había vuelto loco, pero Don Alvarfáñez insistió en su opinión hasta que apareció Doña Vascuñana que venía por el camino,

—He aquí a Doña Vascuñana—dijo Don Alvarfáñez—que nos resolverá la contienda.

Al sobrino le pareció bien lo que su tío proponía y cuando Doña Vascuñana llegó, le dijo :

—Señora, mi tío y yo estamos en desacuerdo, pues él dice que estas vacas son yeguas y yo digo que son vacas. Tanto hemos porfiado que él me tiene por loco y yo pienso que no está en su seso. Os rogamos que resolváis esta contienda.

Cuando Doña Vascuñana lo oyó, pensó que aquellas efectivamente eran vacas, pero como su marido decía que eran yeguas creyó que su sobrino estaba completamente equivocado y que no las conocía, pues Don Alvarfáñez no podía equivocarse.

—Por Dios, sobrino,—dijo al fin—pésame mucho lo que decís, y pensaba que vendríais con más seso de la casa del Rey en donde habéis morado, porque bien véis que va en gran mengua de vuestra inteligencia decir que las yeguas son vacas.

Y comenzó a demostrar cómo por los colores, por las facciones y por otras muchas cosas,

eran yeguas y no vacas, y que don Alvarfañez no se había equivocado, ni se podía equivocar.

Tanto lo afirmó, que el sobrino y todos los demás comenzaron a dudar de si estarían equivocados o no. Más tarde encontraron una manada de yeguas.

—Esto son vacas—dijo don Alvarfañez—y no las yeguas de antes.

Cuando su sobrino lo oyó, dijo :

—Tío, ¡ por Dios ! Si decís verdad, el diablo me ha traído a esta tierra, porque si éstas son vacas, he perdido yo el juicio, que en todas partes del mundo éstas son yeguas y no vacas.

Don Alvarfañez entonces comenzó a asegurar con convicción que eran vacas, y duró su indignación hasta que llegó doña Vascañana, que dió de nuevo la razón a su marido.

Convencido el sobrino de don Alvarfañez de que había perdido el juicio, iba muy triste y pensativo por el camino, hasta que su tío juzgó conveniente sacarle de su preocupación.

—Sobrino—le dijo—ahora acabo de darte respuesta a aquello que me dijiste hace días. Todo lo que ha pasado entre tú y yo lo he he-

cho para que sepas quién es doña Vascuñana, y que lo que yo hago por ella lo hago con razón. Yo estaba cierto de que las primeras vacas que encontramos eran efectivamente vacas y no yeguas ; y también creo que mi mujer sabía que tú estabas en lo cierto, pero confía tanto en mí que cree que no hay cosa en el mundo en que pueda equivocarme ; por eso dijo tantas razones, y tan buenas, que llegó a convencer a todos de que era verdad cuanto yo decía.

Cuando el sobrino oyó estas razones entendió que su tío hacía muy bien en amar a su mujer y confiar en ella.

* Confiar en las personas de probada honradez y cordura, no discutir sus juicios, gran prueba es de amor y disciplina.

XXIV. HISTORIA DEL CLÉRIGO RENEGADO

Don Lorenzo Suárez Gallinato hacía tiempo que vivía con el Rey de Granada, y cuando quiso Dios que volviese al favor del Rey don Fernando, preguntóle éste si creía que Dios había de perdonarle la ofensa que le había hecho

ayudando a los moros contra los cristianos. Don Lorenzo le respondió que no recordaba haber ofendido a Dios sino cuando mató a un clérigo. Preguntóle el Rey muy extrañado la causa, y él la relató.

Yendo un día con el Rey de Granada a caballo por la ciudad, oyó ruido de voces, y como estaba encargado de velar por la persona del Rey espoleó al caballo para adelantarse y ver de dónde procedían. Vió entonces a un clérigo revestido.

—Habéis de saber—continuó explicando don Lorenzo Suárez al Rey—que este mal clérigo se había vuelto moro, y ocurrió un día, que por divertir a los moros, les dijo que les daría a aquél que los cristianos tenían por Dios. Los moros le rogaron que se lo diese, y entonces el clérigo traidor se hizo hacer unas vestimentas, mandó elevar un altar, dijo una misa y consagró una hostia. Cuando fué consagrada la dió a los moros, que entonces estaban haciendo escarnio de ella y arrastrándola por el lodo.

Cuando vió esto don Lorenzo Suárez, acordándose de que era cristiano, y con la certeza

de que aquél era el cuerpo de Dios, pensó que Cristo había muerto por redimir a los pecadores y que él hubiera podido considerarse feliz si hubiera muerto por vengarle del escarnio. Lanzóse entonces contra el clérigo traidor y le cortó la cabeza. Bajóse del caballo, se hincó de hinojos en tierra y adoró al cuerpo de Dios.

La hostia, que estaba alejada de él, saltó a las vestiduras de don Lorenzo. Cuando vieron los moros este milagro pusieron mano a las espadas y se lanzaron contra el cristiano para matarlo, y en tanto él empezó a defenderse con la espada que había descabezado al mal clérigo.

Cuando llegó el Rey moro y vió que querían matar a don Lorenzo Suárez, ordenó que no le hicieran daño alguno, preguntando qué había ocurrido. Lo contaron los moros, y el Rey preguntó duramente a don Lorenzo por qué había hecho aquello sin su mandato.

Don Lorenzo Suárez le respondió que bien sabía que no era de su religión, sino cristiano, y que a pesar de eso le era leal. Si tenía tal confianza en su lealtad que le había confiado

la defensa de su misma persona, debía suponer lo que tenía que hacer, al ser cristiano como era, por guardar el cuerpo de Dios, que es Rey de los reyes y Señor de los señores.

Cuando el Rey oyó esto tuvo gran complacencia por la hazaña de don Lorenzo Suárez, y amoló mucho más desde aquel día.

* Es bueno no juzgar de las cosas hasta saber por qué han sido hechas. La muerte de un clérigo, que parecía un gran crimen, en realidad, fué un heroísmo.

XXV. HISTORIA DEL ZORRO

QUE SE FINGIÓ MUERTO

Un zorro entró una noche en un corral donde había gallinas, y cuando se dió cuenta de que había llegado la hora de marcharse, era ya de día y las gentes andaban por las calles. Cuando vió que no podía esconderse, salió encubiertamente a la calle y se tendió en ella como si estuviese muerto.

La gente, que lo creyó así, no le hizo caso. Al cabo de un rato pasó por allí un hombre y dijo que los pelos de la frente del raposo eran

muy buenos para ponerlos en la frente de los niños y evitarles el mal de ojo. Otro dijo lo mismo del lomo, y otro de los cabellos de las hijadas, hasta que lo trasquilaron todo. Hubo otro que sacó una uña del raposo para los padizos, sin que el zorro se moviera, y le sacaron también un diente, que decían era bueno para el dolor de muelas. Todas estas operaciones las sufrió el raposo sin moverse, pero cuando hubo uno que quiso sacarle el corazón, el zorro entendió que más le convenía huir que hacerse el muerto.

* A las cosas pasaderas, mejor es darles pase, pero a las graves no. pues es mejor que muera un hombre defendiendo su derecho que sin defenderlo.

XXVI. ABENABET Y ROMAYQUIA

El Rey Abenabet de Sevilla estaba casado con Romayquia, y la amaba más que a nada en el mundo. En realidad ella era buena, pero tenía el defecto de ser muy caprichosa.

Un día, estando en Córdoba durante el mes de febrero, cayó un poco de nieve, y al verla

Romayquia comenzó a llorar porque nunca su marido la dejaba estar en tierra donde hubiese nieve. El Rey, para complacerla, hizo plantar almendros en toda la tierra de Córdoba. En febrero, los almendros en flor podían substituir la nieve a los ojos de la Reina.

En otra ocasión, estando la reina en un mirador que daba al río, vió a una mujer que estaba descalza en la ribera revolviendo lodo para hacer adobes. Cuando Romayquia la vió comenzó a llorar porque nunca podría hacer lo que aquella mujer hacía. Entonces, para complacerla, mandó el Rey llenar un lago de agua de rosas, y en lugar de lodo puso en él canela, gengibre, almizcle, ámbar y algalia. Descalzóse Romayquia, holló aquel lodo e hizo de él cuantos adobes quiso.

Lloró otro día, y habiéndole preguntado el Rey por qué lloraba, díjole que nunca hacía nada para complacerla. El Rey entonces le recordó todo cuanto había hecho.

* Si alguien hiciese por vosotros algo que os convenga y luego no hiciese todo lo que quisierais, no por eso olvidéis el primer favor.

XXVII. LOS CLÉRIGOS Y LOS FRAILES

Los clérigos de la catedral de París y los frailes menores habían entablado un pleito sobre cuál de ellos había de hacer tocar primero las campanas. Fué muy larga la discusión que se tuvo acerca de esto, y costó mucho pagar a los abogados de las respectivas partes. Al cabo de mucho tiempo, un Papa encomendó el asunto a un cardenal diciéndole que lo arreglara cuanto antes de una o de otra manera.

El Cardenal hizo traer el proceso, tan voluminoso que cualquiera se hubiera asustado a la vista de tanto papel, y les dijo que al día siguiente fuesen a oír la sentencia. Cuando las partes estuvieron delante de él, hizo quemar el proceso y les dijo así :

—Amigos, este pleito ha durado demasiado, y por su causa habéis tenido grandes gastos. Yo os doy por sentencia que toque el que antes despertare.

* Empeñarse en proseguir una querella es una conducta insensata.

Lo más acertado es procurar arreglar amistosamente las disensiones.

XXVIII. EL REY Y LOS TEJE-**DORES EMBUSTEROS**

Tres embusteros fueron a ver a un Rey y le dijeron que eran excelentes tejedores. Le dijeron, además, que su especialidad era hacer un paño que era invisible para los mentecatos, y el Rey, pensando que de este modo podría saber quiénes eran en su reino inteligentes y quiénes no, mandó disponer para los tejedores un palacio donde pudieran hacer su paño.

Después de haberles dado mucho oro, plata y seda, los encerraron en el palacio hasta que terminaran su labor. Al cabo de algunos días fué uno de ellos a decir al Rey que su tejido resultaba la cosa más hermosa del mundo, describiéndole las figuras y las labores que en él empezaban a hacer y rogándole que, si lo tenía a bien, fuese al palacio a verlo.

El Rey envió un criado a que lo viese antes, y cuando éste oyó lo que los tejedores decían, no se atrevió a confesar que no veía nada, diciéndole al Rey, cuando llegó a su presencia, que había visto labores maravillosas.

Al fin se decidió el Rey a ir a verlo. Cuando entró en el palacio y vió a los maestros que estaban tejiendo y que describían el paño como si en realidad existiese, túvose por mentecato y sospechó que si confesaba que nada veía había de perder el reino. Por lo tanto comenzó a alabar el tejido y aprendió perfectamente de memoria las figuras que describían los tejedores.

Cuando llegó a palacio empezó a decir maravillas acerca de aquel paño, y a los pocos días, muy preocupado, envió a un alto personaje para que lo viera. Cuando éste entró en el lugar donde los maestros tejían y no vió nada de las maravillas que estaban describiendo, tuvo por indudable que era mentecato, y se guardó bien de decir que nada veía, sino que, por el contrario, alabó el tejido tanto como el Rey y aún más. Dijo que era lo más rico del mundo y habló extensamente acerca de sus figuras ; con lo cual el Rey se desesperanzó y tuvo la certeza de que era el único mentecato de su reino. Empezó desde entonces a alabar más el tejido y a afirmar la bondad y la no-



...vió a los maestros que estaban tejiendo y que describían el paño...

bleza de él y de los maestros que tal cosa sabían hacer.

Como estuviera próxima una gran fiesta, todos pidieron al Rey que en ella vistiera aquellos soberbios paños. Los maestros trajéronlos envueltos en finas sábanas, dieron a entender que los desdoblaban y preguntaron al Rey cómo quería sus vestiduras, para empezar a cortar y coser.

El día de la fiesta el Rey montó a caballo y paseó desnudo por la ciudad. La verdad es que fué en favor suyo que fuera verano entonces. Cuando las gentes lo vieron venir desnudo se tuvieron por necias, pero se guardaron muy bien de demostrarlo para no desmerecer en el concepto de sus conciudadanos. Hasta que un negro que guardaba el caballo del Rey se acercó a él y le dijo :

—Señor, a mí no me importa que me tengáis por necio o no, pero yo os digo que estoy cierto de que vais desnudo.

El Rey le dijo que no veía los paños por la sencilla razón de que era mentecato, pero habiendo oído al negro, otro se atrevió a decirlo

a su vez, y de este modo todo el mundo perdió el recelo y descubrió el engaño.

Los estafadores, mientras tanto, se habían fugado con su producto.

* El confiar en personas de quien no se conocen más que sus palabras, es siempre una imprudencia que no puede traer más que malas consecuencias.

XXIX. HISTORIA DEL HOMBRE QUE DOMÓ A SU MUJER

Había en una ciudad un moro cuyo hijo tenía las mejores prendas que podían desearse, pero no era tan rico que pudiese acometer las grandes aventuras que su corazón le dictaba. En aquella misma ciudad había otro moro mucho más rico que su padre, con una sola hija, completamente distinta del muchacho, pues, mientras el muchacho era cortés, ella era feroz y desatenta, por lo cual no había hombre en el mundo que se quisiese casar con aquella especie de diablo.

El muchacho díjole un día a su padre que, puesto que no tenía grandes bienes de fortuna,

había pensado en hacer un casamiento ventajoso con la hija del moro rico, con quien nadie hubiera querido casarse. Cuando el padre oyó esto, quedó asombrado y preguntóle cómo había podido pensar tal cosa, pues no había hombre que la conociese que, por pobre que fuese, quisiera casarse con ella. El hijo insistió en que le arreglase aquel casamiento, y tanto y tanto porfió a su padre que acabó por conseguir lo que pedía. Fué a casa del moro su vecino, de quien era muy amigo, y le hizo la petición. La cual oída por el moro, le respondió:

—Por Dios, amigo, que si tal cosa hiciere sería un amigo falso, pues, bien sé que tenéis un buen hijo y no quisiera consentir su mal ni su muerte, porque estoy cierto de que, si se casase con mi hija, o ella lo mataría o le valdría más la muerte que la vida. Y no creáis que os digo esto por no daros lo que me habéis pedido porque en realidad a mí me conviene darla cuanto antes, o a vuestro hijo o a otro cualquiera que me la saque de casa.

Por fin se hizo el casamiento, y llevaron a la mujer a casa de su marido. Los moros tienen

por costumbre arreglar la cena a los esposos y dejarlos en su casa hasta el día siguiente, pero aquella noche los parientes del novio y de la novia la pasaron con gran inquietud, pensando que al otro día habían de encontrar al novio muerto o mal herido.

Cuando se quedaron solos en la casa sentáronse a la mesa, y antes de que ella tuviera tiempo de decir nada, vió él un perro alano y le dijo con airada voz :

—Alano, danos agua para las manos.

—Naturalmente, el perro no lo hizo, y para castigarlo echó mano a la espada y se dirigió contra él. Cuantos más gritos daba, el perro más huía y él iba en pos de él, saltando ambos por encima de la mesa, de los muebles y del fuego. Tanto anduvo detrás de él, que por fin lo alcanzó, cortóle la cabeza y las patas, hízolo cuartos y ensangrentó toda la casa, la ropa y la mesa, y así, todo ensangrentado, volvió a sentarse miró alrededor y viendo al gato le mandó que le diese agua para la manos, y porque no lo hizo, exclamó :

—¿Cómo es eso, don falso traidor? ¿No

viste lo que hice con el «alano» porque no quiso hacer lo que le mandé? Yo prometo que si no haces inmediatamente lo que te mando, haré lo mismo contigo.

Como no lo hizo, se levantó y, cogiéndolo por las patas, dió con él contra la pared, haciéndolo mil trizas y mostrando mayor saña que contra el «alano». Así, lleno de sangre, volviése a sentar a la mesa y miró a todas partes. La mujer, que le vió hacer esto, temió que estuviera loco, y no se atrevió a decir nada. Al fin el marido vió a su caballo, le dijo que le diera agua para las manos, y como el caballo no lo hizo, exclamó enfurecido :

—¡Cómo, don Caballo! ¿Pensáis que porque no tengo a otro más que a vos, he de dejaros si no hicieréis lo que yo os mandare?

Entonces fué hacia el caballo, cortóle la cabeza y lo despedazó todo con la mayor saña que pudo mostrar. Cuando la mujer vió que mataba al caballo sin tener otro, y que prometía hacer lo mismo con cualquiera que no hiciese lo que él le mandaba, pensó que aquello no lo hacía por pasatiempo, y tuvo tal mie-

do que ya no sabía si estaba muerta o viva.

Volvióse él a la mesa jurando que si mil caballos, hombres o mujeres no cumplían sus órdenes, había de matarlos ; sentóse y miró a todas partes, conservando sobre sus rodillas la espada llena de sangre. Cuando después de escudriñar con la mirada por todos los rincones no vió animal alguno, volvió los ojos hacia su mujer y le dijo con gran furia :

—¡ Levantaos y dadme agua para las manos !

La mujer, a toda prisa, obedeció, y cuando lo hubo hecho exclamó el marido :

—¡ Cómo agradezco a Dios que hicieseis lo que os mandé, pues de otro modo hubierais corrido la misma suerte de estos desobedientes !

Mandó después que le diese de comer, con tales voces, que ella pensaba que su cabeza rodaría de un momento a otro por el suelo.

Cuando se hizo de día, los padres se acercaron a la puerta, y como no oyeron a nadie pensaron que el novio estaría muerto o mal herido. Sospecháronlo aún más cuando por las rendi-

jas sólo vieron a la novia, que muy paso a paso se acercó a ellos y les dijo en voz baja :

—Locos, ¿qué hacéis aquí? ¿Cómo os atrevéis a acercaros hasta la puerta? No habléis, pues, si lo despertáramos nos mataría a todos.

Cuando oyeron esto quedaron maravillados, admirando al marido que tan bien había sabido imponer su autoridad.

Unos días después el suegro mató un caballo para hacerse temer, pero su mujer le dijo :

—La verdad es que ya nos conocemos, y ya no os valdría aunque mataseis cien caballos.

* Por eso el suegro se quedó convencido de que, si no se comienza desde el principio a hacerse respetar, luego se hace tarde.

XXX. LA BATALLA DE HACINAS

El Conde Fernán-González venció a Almanzor en Hacinas, donde murieron muchos de los suyos, y él y todos los que quedaron, fueron heridos. Antes de que curasen, supo que el Rey de Navarra invadía sus dominios, y man-

dó a los suyos que saliesen a luchar contra los navarros.

Contestáronle que los caballos estaban agotados y cansados sus cuerpos, que aunque por esto no habían de dejarlo, era lo cierto que estaban heridos casi todos, y que lo prudente era esperar a que estuvieran curados. Pero, el Conde repuso :

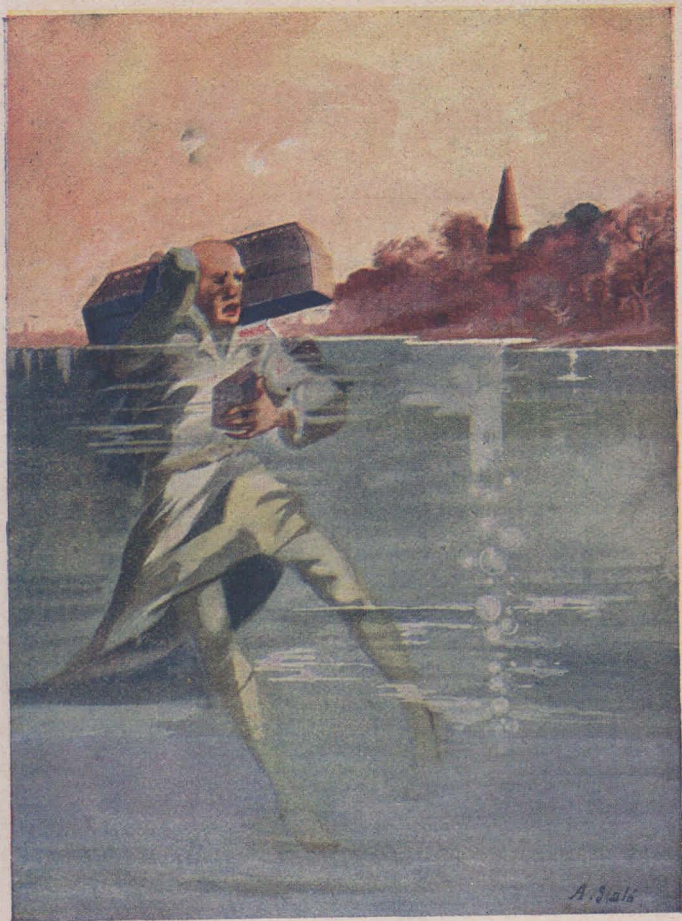
—Amigos, por las heridas que tenemos no dejemos la batalla, porque las nuevas heridas que ahora nos hagan nos harán olvidar las que sufrimos en la otra.

Cuando los suyos vieron que no se dolía de su cuerpo por defender su tierra, entraron con gran ánimo en la lucha. .

* No debe haber descanso hasta reparar la injusticia, ni desfallecimiento en el cumplimiento de los deberes con la patria.

XXXI. EL HOMBRE AHOGADO EN EL RÍO

Un hombre llevaba una gran cantidad de piedras preciosas, pero por el camino tropezó con un gran río que necesariamente había de



Al fin el agua le derribó y ahogóse.

pasar, sin puente, vado ni barca. Tuvo que descalzarse y pasar por él, pero como llevaba una gran carga, se hundía en el cieno. Cuando llegó a la mitad del río se hundía aún más, porque allí el cieno era más espeso.

Otro hombre que estaba a la orilla comenzó a dar voces, asegurándole que si no abandonaba aquella carga, moriría, pero él no quiso abandonarla.

Al fin el agua le derribó y ahogóse, perdiendo no sólo las piedras preciosas, sino también la vida.

* Las riquezas excesivas son, como dice el Evangelio, una grave dificultad para alcanzar la gloria de Dios y la bienaventuranza.

XXXII. EL ALMA DEL SENEJAL

Un senescal de Carcasona enfermó, y cuando vió que aquélla había de ser su última enfermedad, mandó buscar a los religiosos, arregló sus cuentas con Dios y dejó bienes a los pobres. Los frailes estaban muy satisfechos de

su buena intención y muy esperanzados en la salvación del senescal. De allí a pocos días fué una mujer endemoniada a la ciudad y decía muchas cosas extrañas, porque el diablo hablaba por su boca. Los frailes quisieron preguntarle si sabía algo acerca del alma del senescal, pero cuando entraron por la casa de la mujer endemoniada, antes de que ellos le preguntasen nada, díjoles que ya sabía por qué venían, y que supiesen que aquella alma por la que ellos querían preguntar, hacía poco que la había dejado en el Infierno.

Cuando los frailes oyeron esto aseguráronle que mentía, porque estaban ciertos de que el senescal se había preparad^o muy bien para morir. Ella les dijo que las intenciones del senescal no eran puras, pues si él mandó repartir sus bienes fué con la idea de que una vez muerto ya no los podía tener ni llevar consigo. Además los repartió sólo para que quedase el recuerdo de lo que había hecho y para adquirir fama en el mundo, y como quiera que Dios no sólo pide que se hagan buenas obras sino que

se hagan con intención pura, no tuvo el premio de que los frailes le creían merecedor.

* Por eso decía Patronio, el consejero del Conde Lucanor, que para que la limosna sea buena conviene que tenga estas cualidades: que proceda de bienes obtenidos por buenos medios, que se haga estando en verdadera penitencia, que la limosna sea cosa que tenga valor para el que la da y que lo haga por amor de Dios y no por adquirir fama en el mundo.

XXXIII. EL HECHO DEL REY ALHAQUEM

El Rey Alhaquem mantenía en la paz y en la abundancia a su reino y no se cuidaba de hacer nada que redundase en mayor provecho de sus súbditos ni de su fama. Pasaba su tiempo en comer, oír música y estar ocioso.

Ocurrió un día que estando tañendo cerca de él un instrumento que los moros llaman al-bogón, le pareció que podía sonar aún mejor de lo que sonaba, y tomándolo le abrió un agujero en su parte inferior, por lo cual el al-bogón tuvo desde entonces un sonido más agradable.

Aun cuando aquello estuvo bien hecho, no fué, sin embargo, una hazaña tan grande como

la que conviene hacer a un rey, y por eso las gentes para burlarse comenzaron a alabar aquel invento llamándole «el hecho del Rey Alhaquem».

Tanto se repitió, la frase que llegó a oídos del Rey y preguntó por qué la decían las gentes, y aunque quisieron callárselo, tanto insistió que no tuvieron más remedio que decírselo. Cuando lo hubo oído se apesadumbró mucho, y como era un excelente rey no quiso hacer daño a los que de tal manera se burlaban de él, pero se propuso hacer algo tan grande que no tuvieran las gentes más remedio que alabarlo.

Entonces acabó la Mezquita de Córdoba, que resultó así la más bella que los moros tenían en España, y pensó que, puesto que hasta entonces le habían alabado burlándose del perfeccionamiento del albogón, de allí en adelante le habían de alabar con razón por haber acabado la Mezquita. Y en efecto, aun hoy dicen los moros cuando quieren alabar alguna buena acción: «Este es el hecho del Rey Alhaquem».

* El hombre grande lo es en todo, hasta en la dispensa de las burlas, volviendo bien por mal.

XXXIV. EL VASALLO DEL DIABLO

Un hombre, que había sido muy rico, perdió todos sus bienes y cayó en la miseria, hasta tal punto, que no tenía con que mantenerse. Iba un día muy preocupado por un monte, cuando se encontró con el Diablo.

—¿Por qué vas tan triste?—le preguntó.

—¿Para qué quieres que te lo diga, si no puedes darme ningún consejo para curarme la tristeza?

Pero el Diablo, como sabe mucho, le respondió:

—Si quieres hacer lo que yo te diga, yo te daré remedio para tu mal; y para que sepas que puedo hacerlo, te diré cuál es la causa de tus preocupaciones.

Le contó toda su vida y la razón de su pobreza, y cuando lo hubo hecho le dijo:

—Yo puedo sacarte de apuros y convertirte en el hombre más rico del mundo, pues el Diablo tiene poder para hacerlo.

Cuando el hombre supo que el que hablaba

con él era el Diablo, se asustó mucho al principio, pero como estaba en una gran necesidad le dijo que si le hacía rico le daría cuanto quisiese.

—Quiero que te hagas mi vasallo—le contestó el Diablo.—Si aceptas, en adelante debes ir a robar y no encontrarás puerta que por muy bien cerrada que esté no te la abra yo. Y si acaso te vieses en algún apuro o cayeras en mano de la justicia, no tienes más que decir: «Socorredme, don Martín», y en seguida te libraré de cualquier peligro en que te encuentres.

Cada uno se marchó por su camino, y el nuevo vasallo del diablo se encaminó a casa de un mercader en cuanto cerró la noche, pues los que quieren hacer algún daño siempre aborrecen la luz del día. En cuanto llegó a la puerta se la abrió el Diablo, y él pudo entrar allí y llevarse gran cantidad de dinero. Otro día hizo otro gran robo, y después otro, hasta que fué tan rico que no se acordaba de su anterior pobreza. Pero como era muy ambicioso, siguió robando, hasta que lo metieron en la cárcel.

No tuvo más que decir: «Socorredme, don Martín», para que llegara el Diablo, y abriéndole la puerta de la prisión, le dejara libre el paso.

Cuando el hombre vió que don Martín no le abandonaba, siguió robando como de costumbre, y llegó a hacer tantos robos que de nuevo lo atraparon y lo metieron en la cárcel. Llamó a don Martín, pero don Martín no vino tan pronto como él hubiera querido, y dió tiempo a que la justicia comenzara a hacer indagaciones. Cuando llegó el Diablo, le preguntó su protegido:

—¿Dónde estabais, que habéis tardado tanto?

Y Don Martín le dijo que estaba ocupado en otros asuntos muy graves y que por eso había tardado. Lo sacó de la prisión y él continuó robando hasta ser apresado de nuevo. Esta tercera vez ya no acudió Don Martín hasta que fué sentenciado su protegido.

La cuarta vez que cayó en manos de la justicia, Don Martín no llegó a librarle hasta que

habían dictado su sentencia de muerte. Estando ya al pie de la horca llegó el Diablo.

—Sabed—le dijo el ladrón—que esto ya pasaba de juego, pues la verdad es que he tenido un miedo terrible.

Entonces Don Martín le dijo que traía quinientos maravedíes en una bolsa para dárselos al alcalde y librarlo así de la horca. El alcalde había ya mandado que lo ahorcaran, pero no encontraban soga en ninguna parte.

Mientras buscaban la soga, el condenado dió al alcalde la bolsa. Cuando la hubo recibido, pensando que contenía quinientos maravedíes, dijo a las gentes que estaban allí:

—Amigos. ¿Cuándo se vió que faltara soga para ahorcar a nadie? La verdad es que los días de este hombre no se han acabado; Dios no quiere que muera, y por eso nos faltó la soga. Dejémoslo hasta mañana, y volveremos a juzgar el hecho.

Pero cuando el alcalde abrió la bolsa y no encontró dentro los quinientos maravedíes, sino una soga, mandó ahorcar al reo.

Llegó Don Martín, y el condenado le dijo

con mucho apuro que le socorriese, pero Don Martín le dijo así:

—Siempre socorro a mis amigos hasta que llegan a este extremo.

* Así perdió aquel hombre el cuerpo y el alma, confiando en Don Martín, como les ocurrió a casi todos los que creyeron en el diablo, pues lo cierto es que sólo hay que poner en Dios toda la confianza.

XXXV. LA MORA MEDROSA

Tenía un moro una hermana tan medrosa que de todo parecía espantarse, hasta tal punto que cada vez que bebía el agua en unas vasijas donde suelen beber los moros, hacía como que se desmayaba del susto al oír sonar el agua dentro del recipiente.

Su hermano era muy pobre, y como no tenía otra cosa de qué vivir, cada vez que alguien moría iba de noche al cementerio y robaba la mortaja y los objetos que ponían con el cadáver. Una vez murió un hombre muy rico y enterraron con él muchos paños y otras cosas de gran valor. La hermana medrosa se ofreció a

ir con su hermano al cementerio para ayudarle a traer lo que encontraran.

Cuando llegó la noche fueron ambos hermanos al lugar donde aquel hombre había sido enterrado, y ella misma ayudó con sus manos a desnudar el cadáver.

Al otro día cuando se sentaron a comer y empezó a sonar el agua dentro de la vasija, la moza dió a entender que iba a morir de miedo. Viendo aquello el hermano y acordándose de los ánimos que había tenido la noche anterior, le dijo a su hermana :

—Os asustáis del ruido del agua y no os espantáis de los muertos.—Esta frase quedó como proverbio entre los meros.

XXXVI. LA PRUEBA DE LOS AMIGOS

Un padre dió a su hijo el consejo de que buscara buenos amigos, y el joven, para seguir las advertencias de su padre, procuró rodearse de muchos jóvenes de su edad.

Preguntóle un día su padre si había hecho

lo que le mandara, y el hijo contestó que ya tenía muchos amigos y principalmente estaba seguro de la amistad de diez de ellos, que ni por miedo de la muerte ni por ningún temor dejarían de ayudarle nunca en todo lo que le fuese menester. Cuando el padre oyó esto, díjole a su hijo que se maravillaba de que en tan poco tiempo hubiese podido reunir tantos y tales amigos, pues él, que era anciano, nunca había podido tener más de un amigo y medio. El hijo, sin embargo, empezó a asegurar que era verdad lo que decía acerca de sus amigos.

Tanto lo aseguró, que el padre le mandó que los probase matando un puerco, metiéndolo en un saco y yendo a casa de cada uno de aquellos amigos diciéndoles que había matado a un hombre y que si aquello se supiera no podrían escapar de la muerte ni él ni cuantos tuvieran noticia de aquel asesinato. Después había de rogarles que encubriesen aquella muerte y que si fuese necesario le defendieran de la justicia.

Así lo hizo el muchacho, y cuando llegaba a casa de sus amigos, todos le decían que en

otras cosas le ayudarían tanto como quisiere, pero que en esto no le podían ayudar. Algunos de estos amigos le dijeron que irían a rogar por él y otros que cuando lo llevasen al patíbulo no le desampararían hasta que se hubiese cumplido la justicia.

Cuando el muchacho hubo probado a todos, le dijo a su padre lo que había ocurrido, y el viejo respondió que bien veía cuán poco abundan los amigos, pues él sólo tenía un amigo y medio, a quienes quiso que su hijo fuera a probar por el mismo procedimiento.

El joven llegó a casa de aquel a quien su padre tenía por medio amigo, de noche, y con el puerco muerto a cuestàs, rogándole que encubriera el delito.

Cuando el medio amigo de su padre oyó aquello, díjole que hacia él no tenía amistad como para encubrir un crimen de tal naturaleza, pero que lo haría solamente por su padre. Entonces tomó el saco con el puerco, pensando que era un hombre, lo llevó a su huerta y lo enterró en un surco donde había coles plan-

tadas, colocándolas luego en el surco tal como estaban antes.

Cuando el muchacho volvió a presencia de su padre le contó lo que había ocurrido, y entonces el viejo le mandó que otro día disputara con su medio amigo y que le diese en el rostro la mayor bofetada que pudiese. Así lo hizo, y el medio amigo respondió:

—A fe mía, hijo, hiciste mal; pero te aseguro que por esto ni por nada descubriré el asunto del huerto.

Luego el muchacho fué a probar al amigo de su padre. Cuando llegó a su casa y le contó la misma historia que a todos, el amigo verdadero díjole que él se encargaba de guardarle de muerte y de condena.

Ocurrió por casualidad que por entonces habían asesinado a un hombre en el lugar, y como no podían saber quién había sido el culpable, sospecharon de aquel muchacho que durante tantas noches había ido con un saco a cuestras. Fué condenado a muerte, y cuando el amigo de su padre vió que de ninguna manera podía librarlo, dijo a los jueces que aquel

muchacho no había matado a nadie, sino que había sido su hijo, a quien la justicia mató en lugar del inocente.

* Es la hermosura un favor de la Naturaleza; la gloria, un presente de la fortuna; solamente la amistad es un don del cielo.

XXXVII. POR UN AÑO DE REINADO

En cierto reino tenían por costumbre elegir un rey todos los años y hacer todas las cosas que mandaba mientras duraba su reinado, pero cuando el año pasaba, le quitaban cuanto tenía, le desnudaban y lo dejaban solo en una isla sin que nadie quedara con él.

Un hombre de mejor entendimiento y más prudencia, antes de que se acabara el año mandó hacer, con gran secreto, en aquella isla donde sabía que tenía que ser abandonado, un palacio en el que puso todas las cosas que había de necesitar durante su vida.

Cuando pasó el año y sus súbditos lo dejaron desnudo en la isla como habían hecho con sus

antecesores, vivió en ella feliz, gracias a las precauciones que antes había tomado.

* De este mundo se sale también desnudo, y sólo se recogen en el otro las buenas obras que se han ido realizando durante los años de la vida.

XXXVIII. HISTORIA DEL REY SOBERBIO

Reinaba en cierto Estado un monarca joven, rico y poderoso, pero tan soberbio que hizo borrar de todos los libros religiosos del reino un pasaje donde dice que Dios abatió a los poderosos y ensalzó a los humildes, para poner en su lugar que Dios ensalzó a los soberbios y a los poderosos y los humildes fueron derribados.

Un día el poderoso Rey fué al baño acompañado de todo su séquito; desnudóse y dejó sus prendas mientras se bañaba confiadas a la custodia de sus criados. Para castigarle envió Dios un ángel que por voluntad de Nuestro Señor tomó la apariencia del Rey. Fuéronse todos con él a palacio y sólo quedaron a la puerta del baño unos vestidos, tan pobres y tan ro-

tos, como los que llevan los pordioseros que piden de puerta en puerta.

Cuando el Rey acabó de bañarse, llamó a sus criados, pero no respondió ninguno de ellos. Con gran ira comenzó a jurar que los haría matar a todos de manera cruel, y teniéndose por burlado, salió del baño desnudo, pensando que fuera hallaría algunos de sus hombres para que le diesen ropa con qué cubrirse. No encontró a nadie, pero viendo aquella vestimenta vil y remendada que estaba en un rincón, pensó en vestirse con ella y entrar secretamente en palacio para vengarse de los que de él se habían burlado.

A la puerta de su palacio vió a uno de sus porteros, a quien le dijo en voz baja que le abriese para entrar en secreto y que nadie viese la ruindad de sus harapos. Pero el portero, que estaba bien armado con una buena espada y una gran maza, preguntóle qué clase de hombre era que tales palabras decía. Y el Rey le dijo :

—¡ Ah, traidor ! ¿ No es bastante la burla que me hicisteis tú y los otros dejándome solo



—Ve en buena hora y no digas tales locuras.

en el baño y haciéndome venir a mi casa de este modo? ¿No eres tú mi servidor, y no ves cómo yo soy el Rey, tu señor a quien dejaste en el baño? Abre la puerta antes de que venga nadie que pueda conocerme, o de lo contrario te haré morir cruelmente.

Pero el portero le respondió :

—Hombre loco y vil. ¿Qué estás diciendo? Ve en buen hora y no digas tales locuras, si no quieres que te castigue como mereces, pues el Rey ya hace rato que vino del baño, y todos nosotros vinimos con él. Ha comido y se ha echado a dormir ; así es que guárdate de hacer aquí ruido y no lo despiertes.

Cuando el Rey oyó esto, pensando que se lo decía por vía de burla, arremetió contra el portero, procurando cogerle por los cabellos. El buen hombre no quiso herirle con la maza, pero dióle un gran golpe con el mango, de manera que hizo sangrar copiosamente al Rey. Cuando éste se sintió herido y vió que el portero tenía buena espada y buena maza, y que él no tenía arma alguna, ni siquiera para defenderse, sospechando que el portero se había

vuelto loco pensó en ir a casa de su mayordomo y ocultarse allí hasta que se curara, para tomar después ejemplar venganza de todos aquellos traidores.

Pero si mal le había ido con el portero, peor le fué con su mayordomo. Después fué lo más encubiertamente que pudo al lugar donde estaba la Reina su mujer, pensando que si aquellas gentes lo despedían era porque no lo conocían con aquellos harapos, pero que su mujer lo reconocería en seguida. Cuando llegó a ella se lo contó todo diciéndole que era el Rey, pero su esposa, temiendo que el que estaba en su casa supiera la aventura, mandó azotarle y arrojar de su presencia a aquel loco que tales extravagancias decía.

El desdichado Rey, malherido y quebrantado, fué a parar a un hospital, donde estuvo muchos días. Cuando le aquejaba el hambre, iba pidiendo por las puertas, y las gentes se burlaban de él preguntándole que cómo iba tan desastrado y tan hambriento siendo el Rey de aquella tierra. Tantos hombres le dijeron esto, tantas veces y en tantos lugares, que él mismo

ya pensaba que estaba loco y que por su locura creía que era el Rey.

De este modo anduvo mucho tiempo, pero la bondad y la piedad de Dios hicieron que el desgraciado Rey, que a causa de su soberbia había caído en tan miserable estado, comenzara a pensar que toda aquella desgracia provenía de haber hecho cambiar en los libros de su reino las palabras de Dios. Entonces comenzó a arrepentirse y a condolerse de su gran falta, hasta el punto de que era mucho mayor su congoja por haber ofendido a Dios que por haber perdido su reino. No hacía otra cosa más que llorar pidiendo misericordia a Nuestro Señor y perdón para sus pecados, sin acordarse para nada de su reino perdido, pues lo había olvidado todo para pensar sólo en la salvación de su alma.

Dios no sólo le perdonó, sino que le restituyó su reino. El ángel que estaba en lugar del Rey y que había adquirido su figura, llamó al portero de palacio para decirle :

—Me han dicho que anda por ahí un hom-

bre loco diciendo que es Rey de esta tierra. ¿Quién es y dónde está?

El portero le contó entonces cómo aquel pobre hombre hacía reír a las gentes a causa de las locuras que decía, y el ángel en figura de rey le ordenó entonces que fuera a buscarlo y lo llevase a su presencia.

Cuando el rey pordiosero se encontró en presencia del ángel, díjole aquél:

—Amigo, me han dicho que aseguraréis ser el Rey de esta tierra y que la perdisteis no sé en qué ocasión. Os ruego que me digáis cómo creéis que ha ocurrido todo, sin ocultarme nada, y yo os prometo que de nada de esto os vendrá daño.

Cuando el desgraciado Rey a quien todos tenían por loco oyó esta pregunta, quedóse sin saber qué responder, pues temió que le preguntaran aquello para encerrarlo en una prisión o darle muerte en el caso de que dijera que efectivamente era el Rey.

Así, pues, comenzó a llorar y contestó muy apesadumbrado:

—Señor, yo no sé qué responderos a lo que

me preguntáis, pero como ya creo que es tan buena la muerte como la vida, y bien sabe Dios que no tengo deseo de honra que sea de este mundo, no os quiero ocultar nada de lo que ocurre en mi corazón. Yo veo que estoy loco y todas las gentes me tienen por tal, pero son caritativas conmigo, y eso me hace permanecer en esta tierra. Aunque algunos de ellos podrían equivocarse, no puede ser que absolutamente todos, buenos y malos, grandes y pequeños, torpes e inteligentes, me tengan por loco no siéndolo yo. A pesar de todo, mi creencia es que yo fuí Rey de esta tierra y que perdí mi reino y la gracia de Dios por mis pecados y, sobre todo, por mi gran soberbia y mi orgullo desmedido.

—Amigo—le contestó el ángel—, yo te aseguro que dices en todo la verdad; que fuiste el Rey de esta tierra y que Nuestro Señor te quitó el reino por las mismas razones que dices, enviándome a mí, que soy su ángel, para que tomase tu figura y estuviese en tu lugar. Dios te ha perdonado por tu arrepentimiento verdadero, y me mandó que te devolviese tu

figura y tu reino. Yo te ruego y te aconsejo que te guardes del pecado de la soberbia, pues de todos los pecados en que los hombres caen, es uno de los que Dios aborrece más.

Cuando el Rey oyó decir al ángel estas palabras, se postró ante él, llorando y pidiéndole que no le abandonara hasta que todos en el reino supieran cuanto había ocurrido. Así lo hizo el ángel, y de allí en adelante el Rey fué bueno y digno, a su muerte, de ocupar un puesto en el Paraíso.

* El soberbio bebe el primero; la caridad da de beber a los demás y bebe la última.

La caridad es una obligación eternal y sin límites.

XXXIX. LA GOLONDRINA Y LAS OTRAS AVES

La golondrina vió en cierta ocasión a un hombre sembrar lino, y en seguida pensó que en cuanto aquel lino naciese, los hombres podrían hacer con él redes y lazos para cazar a las aves. Alarmada, con razón, llamó a todos los pájaros y les aconsejó que antes de que el lino creciera lo arrancasen, pues las cosas que

pueden destruirse al principio fácilmente, son muy difíciles de destruir cuando han crecido.

Las aves dieron poca importancia a lo que les decía la golondrina y no quisieron hacer caso, a pesar de que la golondrina insistió muchas veces hasta que se persuadió de que no las convencería aunque estuviera años enteros repitiéndoles lo mismo. Además vió que el lino había crecido lo suficiente para que las aves ya no pudieran arrancarlo con sus picos, y entonces se puso bajo el amparo del hombre, yéndose a vivir en los mismos lugares donde él habita.

Mientras tanto, a las otras aves que no fueron lo bastante prudentes para saberse guardar a tiempo del peligro, las cogen todos los días con redes y con lazos.

* Al peligro con tiento, y al remedio con tiempo.

XL. EL HALCÓN, EL AGUILA Y LA GARZA

El Infante Don Manuel cazaba un día cerca de Escalona, y habiendo visto pasar una garza volando soltó contra ella a su halcón. Cuando

iba ya a darle alcance, vino contra el halcón un águila, y él, temeroso, dejó a la garza y huyó.

El águila empezó a perseguir con saña al halcón, pero como le fué imposible alcanzarle decidió retirarse, lo cual visto por el perseguido, volvió otra vez a querer apoderarse de la garza. Entonces apareció de nuevo el águila y ocurrió como la vez anterior.

Tres o cuatro veces pasó lo mismo, hasta que, furioso el halcón, se dirigió contra el águila, hiriéndola y mortificándola de tal manera que la obligó a huir definitivamente. Sólo entonces fué cuando pudo atrapar a la garza.

* Este ejemplo nos enseña que sólo cuando estamos desembarazados de los enemigos que nos lo impiden, podemos acometer las obras que nos proponemos.

XLI. LOS DOS CIEGOS

Estando un hombre, pobre y ciego, fué a visitarle otro ciego que vivía en la misma ciudad, para proponerle que ambos se trasladasen a otra en busca de mejor fortuna. El primer

ciego dijo que, en efecto, podrían pedir así por el amor de Dios y tendrían al menos con qué mantenerse, pero que él conocía el camino, pues, lo había recorrido cuando tenía vista, y sabía que era muy dificultoso, con barrancos, pozos y ríos difíciles de atravesar.

El otro ciego le dijo que no tuviese temor ninguno, pues él le guiaría y llegarían salvos, y tanto le aseguró, y tantas bienandanzas le prometió si hacían este viaje, que al fin acabó por convencerlo. Pero cuando llegaron a los lugares peligrosos, cayó el guía y no dejó de caer por eso el otro ciego que recelaba del camino.

No elijamos nunca a guías ciegos para que nos conduzcan.

* Lo que demuestra que entre varios males hay siempre alguno peor. Escoged, pues, de ellos el menor.

XLII. EL HOMBRE, LA GOLON-

DRINA Y EL GORRIÓN

Un hombre no podía dormir a causa del ruido que hacían las golondrinas y los gorrio-

nes que moraban cerca. Pidió a un amigo suyo un consejo para deshacerse de aquellos pájaros, pero su amigo le dijo que del todo no le podía librar de su molestia, pues sólo sabía un encanto con el cual alejaría a los gorriones o a las golondrinas.

Entonces él pensó que la golondrina da más voces y mayores que el gorrión, pero como aquélla va y viene y el gorrión está siempre en casa, prefirió alejar al gorrión y quedarse con la golondrina.

* Aleja el peligro permanente y procura evitar el inmediato.

Del mal, siempre lo menos.

XLIII. EL CUERDO Y EL LOCO

Un buen hombre era propietario de un baño, pero en aquella tierra había un loco que era el primero que llegaba a bañarse todos los días. A los que venían dábales tales golpes con piedras y con palos, que acabó la gente por atemorizarse y dejó de ir al baño. Cuando el buen hombre vió que perdía su renta, ma-

drugó un día, y metiéndose en el baño tomó un cubo de agua hirviendo y una buena maza de madera, y cuando vino el loco y comenzó a aporrear a uno de los que se bañaban, arremetió contra él, le encasquetó en la cabeza el cubo de agua hirviendo, echó mano a la maza y dióle con ella tales golpes en todo el cuerpo, que el otro creyó que lo mataban, y pensando que el dueño del baño se había vuelto loco también, salió dando grandes voces y quejándose fuertemente. Los que le encontraban preguntábanle por qué gritaba tanto, y él les decía :

—Tened cuidado, amigos, que hay otro loco en el baño.

* El loco, por la pena es cuerdo, y lo mejor es evitar su compañía.

XLIV. LAS HORMIGAS

Parece que por ser la hormiga un animal tan pequeño, no debía tener tanta inteligencia, y, sin embargo, lo cierto es que todos los

años, cuando los hombres recogen el trigo, salen ellas de sus hormigueros, van a las eras y traen todo el trigo que pueden. Lo meten en sus casas, pero en cuanto llueve lo sacan fuera. Las gentes dicen que lo sacan para que se seque al sol, pero no saben lo que dicen, porque bien sabéis que cuando las hormigas sacan el trigo de sus hormigueros, es cuando llueve por primera vez y empieza el invierno. La verdad es que si cada vez que llueve tuviesen que sacar el trigo para secarlo, buen trabajo tendrían. Además, no tendrían sol bastante, porque durante el invierno no hay tantos días de sol para secar lo que mojan tantos días de lluvia.

Lo que ocurre es que las hormigas meten en sus casas todo lo que pueden transportar, y no piensan más que en recoger todo lo que encuentran por el campo para tener con qué alimentarse durante todo el invierno. Pero cuando llueve por primera vez, como se moja el trigo, comienza a nacer, y ellas comprenden que si creciera en los hormigueros les destruiría la casa. Lo sacan fuera entonces y se

comen el interior del grano, aunque lo dejan aparentemente entero. Luego, por mucho que llueva, el trigo ya no germinará y podrán conservarlo las hormigas todo el año sin peligro ninguno.

Aun cuando tengan todo el trigo que les hace falta, no por eso, en cuanto hace buen tiempo, dejan de acarrear cualquier hierbezuela que encuentren. Esto lo hacen porque sospechan que no les bastará lo que tienen, y mientras hay tiempo no quieren estar desocupadas ni perder lo que Dios les da.

* Cuando te veas atacado por el mal de la pereza, piensa en las hormigas y las abejas, y te avergonzarás.



